

CONQUISTA ESPACIO

EN BUSCA DEL DINOSAURIO PERDIDO

CIENCIA FICCION

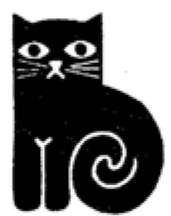
Adam Surray

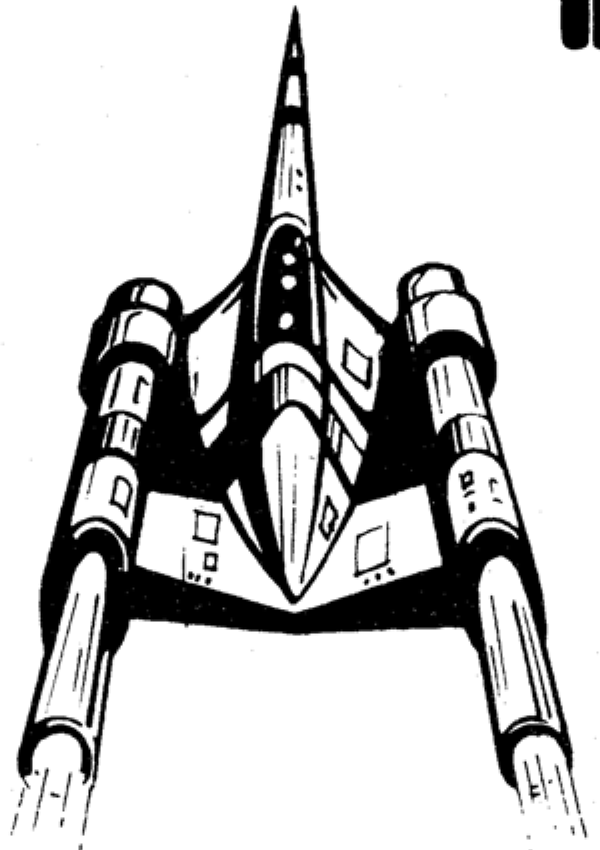


EN BUSCA DEL DINOSAURIO PERDIDO

CIENCIA FICCION

Adam Surray





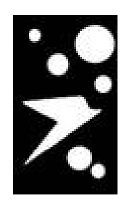
La conquista del ESPACIO

ADAM SURRAY

EN BUSCA DEL DINOSURIO PERDIDO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 670

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 13.870 - 1983

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — En poder de los hombres araña, *Joseph Berna*
2. — T.E., el terrestre extra, *Frank Caudett*
3. — ¡Frío!, *Glenn Parrish*
4. — El tirano de Doklo, *Joseph Berna*
5. — El ojo de Dios, *Curtís Garland*

Todo va bien en el mejor de los mundos posibles.

VOLTAIRE, CÁNDIDO

CAPITULO PRIMERO

Las imágenes en el televisor mural resultaban impresionantes. Como si fueran reales. La pantalla tridimensional proporcionaba una apariencia de profundidad perfecta. Era como estar viviendo las escenas. Los enfoques, los primeros planos... Todo muy real. Y el sonido. Un sonido magistral merced a las bocinas murales de alta fidelidad.

Sí.

Los alaridos de Gary Salkow eran perfectos. Al igual que su imagen. Ahora en un primer plano. Su rostro desencajado. Deformado por el dolor, la angustia, la desesperación y el terror. Los ojos casi fuera de las órbitas. Sus aullidos escalofriantes.

Se estaba transmitiendo en directo. Desde la prisión estatal de Reint Flat, emplazada en el Valle de la Muerte californiano. Las cámaras de televisión, una vez más, se habían instalado en la Sala de los Ajusticiados.

Una emisión con muchos teleadictos. No era la primera vez que la retransmisión en directo de la ejecución de un condenado alcanzaba el primer puesto en el ranking de audiencia. Máxime si se tenía la posibilidad de participar de forma directa en la ejecución.

Gary Salkow había sido condenado a morir en larueda de agujas. Y eso significaba una participación masiva de la sociedad. No era un verdugo, sino cien. No era una muerte rápida y limpia, sino una lenta tortura. La cámara de gas, la silla eléctrica, el pentotal y demás métodos de ejecución no tenían el carisma de la rueda de las agujas.

Gary Salkow estaba sobre la circular plancha metálica. Muy brillante. Como si estuviera al rojo vivo. Un disco argénteo coronado por diminutas agujas que eran proyectadas mediante circuitos

electrónicos hacia el cuerpo de Salkow. Este permanecía totalmente desnudo. Muñecas y tobillos inmovilizados mediante anillas fijas. En un panel de la sala se iban señalizando el número de punzadas ocasionadas ya en el cuerpo del condenado.

Cuarenta y ocho.

La última de ellas provocada por un telespectador de la pequeña ciudad de Corbin, en Kentucky.

—¡Oh, no...! ¡No! —exclamó Goldie con la mirada en el televisor mural y sin dejar de teclear en el micro-procesador acoplado al telemando—. ¡Corbin...! ¡Un villorrio de Kentucky...! ¡Dalton...! ¿Dónde estás, Dalton?

Apareció Dalton Kibrick en el salón.

Ajustándose el lazo de la bata de seda.

Era un individuo joven. De unos años de edad. Tal vez menos. Complexión atlética. Con una amplia sonrisa a flor de labios. Una sonrisa que se tornó en mueca a la vez que arrugaba instintivamente la nariz. Sus grises ojos se habían posado en la pantalla tridimensional del televisor. Justo en el momento en que la cámara ofrecía un primer plano de Gary Salkow. Acusando el latigazo de la aguja número cuarenta y nueve. Aligual que las anteriores, impregnada de Zophol-X. Una sustancia que, suministrada en pequeñas dosis, origina horrible y enloquecedor dolor.

—Cambia de canal, Goldie.

La muchacha no pareció oír la voz de Dalton Kibrick. Continuó manipulando el microprocesador. Sólo la proximidad de Kibrick le hizo desviar fugazmente la mirada.

—¡Oh, Dalton...! ¡Estoy furiosa! En la número cuarenta y ocho quedé tan sólo a unas pulgadas de la siglanivel programada por USA-TV-UNO. Un maldito telespectador de Corbin, en Kentucky, se me adelantó. ¡Es imposible...! Jamás lo conseguiré. Se calcula que son millones los telespectadores de USA-TV-UNO que, desde sus hogares, tratan de programar la clave que permita el lanzamiento de una de las agujas hacia el cuerpo de...

—No me sorprende —interrumpió Dalton Kibrick, accionando el mando control y desconectando el televisor—. Somos un poco brutos.

—¡Eh...! ¿Por qué has hecho eso? —protestó la joven—. ¡Aún quedan cincuenta agujas! ¡La dosis mortal es a las cien agujas!

—Lo sé, pero no me gusta el espectáculo.

Goldie parpadeó.

—¿Que no te...? ¿Insinúas que no tienes programado el video?

—Jamás se me ocurriría semejante cosa —sonrió Kibrick, dejándose caer en el sofá junto a la muchacha—. No me gustan las ejecuciones. Y menos el método de la rueda de las agujas. Es... es monstruoso. Ese diablo y su muerte lenta, torturado... Cien agujas de Zophol-X y millones de telespectadores disputándose el placer de pincharle.

El estupor siguió reflejado en el rostro de Goldie.

Un rostro de sensual belleza. En especial los labios. Unos labios carnosos y devoradores. El cuerpo de Goldie seductoramente provocativo. Protegido por tenue túnica. Muy corta. Muy transparente. Los prominentes senos femeninos traslúcidos bajo la fina tela. Al igual que la suave curva del vientre y el íntimo sombreado de su sexo. Estaba sentada sobre las flexionadas piernas. Mostrando con generosidad los largos y esbeltos muslos.

—Se trata de una broma, ¿verdad, Dalton? Una de tus ridículas bromas. Acepté cenar contigo en tu apartamento para luego poder presenciar la emisión especial de USA-TV-UNO. Esta es la octava retransmisión en directo de una ejecución por rueda de agujas. ¡Y en las siete anteriores conecté mi microordenador al telemando para poder participar en la ejecución! Siempre sin conseguir proyectar una de las agujas. Creí que desde tu apartamento tal vez tuviera más suerte y...

—Olvida eso, Goldie.

—¿Olvidarlo? ¡Me gusta, Dalton! ¡A saber cuándo será enviado otro condenado a la rueda de agujas! ¡Es una gran oportunidad el poder presenciarlo!

Kibrick entornó los ojos.

Fijos en la muchacha.

—¿En verdad te gusta Goldie? ¿Disfrutas viendo a un pobre diablo

retorcerse y aullar de dolor?

—Ese pobre diablo que tú dices se cargó a toda una familia. A un matrimonio y a sus cuatro hijos. Los fue degollando uno a uno.

—Lo sé. Lo hizo instantes después de presenciar unapelícula producida por USA-TV-UNO. *Quiero ver tu sangre.* Ese era el título del film. Una apología del sadismo, la violencia y la muerte. Gary Salkow, como un autómata, acudió al apartamento de sus vecinos los Harrison.

—Y liquidó a toda la familia —concluyó Goldie—. ¿Insinúas que fue por ver la película? Tonterías, Dalton. Gary Salkow es un asesino y por eso fue condenado. Su delito contra la sociedad debía ser castigado por esa misma sociedad por él atacada. ¿Qué mal hay en ello? Nosotros, la sociedad, yo misma, somos los brazos ejecutores elegidos por el destino mediante los computers. Y a mí me gustaría ser uno de ellos. Ver como yo misma proyecto una de las agujas hacia el torturado cuerpo de Gary Salkow.

—¿A qué diablos te dedicas, Goldie?

La muchacha volvió a parpadear.

—¿Eres idiota? ¡Demasiado sabes de mi ocupación!

—Empiezo a tener algunas dudas. No te imagino en el Hospital Bloque Seis. Y menos en tu sección. Eres enfermera en el banco ovulo-esperma. Si disfrutas contemplando la muerte…

—¡Al diablo contigo!

A la exclamación de la joven se unió' el incorporarse del sofá. Con rapidez. Sin dar tiempo a Kibrick para reaccionar. Abandonó precipitadamente el salón encaminando sus pasos hacia el dormitorio. Allí se despojó de la túnica.

Dalton Kibrick llegó tarde.

Al asomarse bajo el umbral, Goldie ya se había ajustado el short y procedía a ceñirse el peto de dorado tejido sildorex. La cintura al descubierto. Con el delicioso hoyuelo del ombligo que parecía hacer burlones guiños al perplejo Kibrick.

—¿Qué haces, Goldie?

—Me voy a mi apartamento.

—¿Por qué?

La muchacha terminó de calzarse las altas botas.

—Me has insultado, Dalton. Como si yo fuera un monstruo. Y el único bicho raro a examinar eres tú. ¿Por qué crees que se televisa en directo la ejecución de Gary Salkow? ¡Para satisfacer a millones y millones de ciudadanos!

—De acuerdo. Olvidemos eso, Goldie. Hemos cenado juntos. La velada no ha terminado —Kibrick dirigió una maliciosa mirada hacia el lecho vibrátil—. Aún nos queda lo más divertido.

—No cuentes conmigo. Adiós, Dalton. Hasta nunca.

Goldie avanzó hacia el living.

Seguida de Kibrick.

—No puedes hacerme eso, Goldie. No puedes dejarme así…

—Hazte una tortilla de píldoras relax.

—Pero…

Goldie tecleaba ya en el cierre de la puerta. Se abrió la hoja. Y la muchacha abandonó el apartamento. Esperaba oír aún otra llamada de Kibrick para tener el placer de enviarle nuevamente al diablo, pero no fue así.

Dalton Kibrick había cerrado la puerta del apartamento.

Encogiéndose despreocupadamente de hombros.

No tenía por costumbre el suplicar a una mujer. Ni aunque se tratara de la exuberante y seductora Goldie.

Acudió al salón.

Al acomodarse en el sofá alargó la diestra hacia la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo. Con la mirada fija en el televisor mural. Maquinalmente pulsó el mando control.

Se iluminó la pantalla tridimensional.

La ejecución de Gary Salkow estaba en su punto culminante. El digital señalizaba el número de agujas inyectadas en el condenado.

Eran noventa y ocho los delgados filamentos que partiendo de la circunferencia del plateado disco se unían al torturado cuerpo de Gary Salkow. Este ya no gritaba. La dosis de Zophol-X alcanzaba ya su cota letal. El condenado de seguro tampoco acusaba ya dolor, aunque su rostro era una deformada mueca indescriptible.

Faltaban dos agujas.

Dos filamentos para completar los cien. La dosis mortal. La que acabaría con el sufrimiento de Gary Salkow.

Dalton Kibrick volvió a desconectar el televisor.

Incapaz de visionar aquellas espeluznantes imágenes.

Movió de un lado a otro la cabeza.

Sin comprender aquel sadismo que era celebrado por millones y millones de telespectadores. Goldie estaba en lo cierto. Él era la excepción. El bicho raro a examinar.

Sonó el llamador de la puerta.

Y Dalton Kibrick sonrió de oreja a oreja.

Allí estaba Goldie. Sin duda arrepentida de su decisión. Deseosa de reanudar la velada. La noche aún era joven.

Kibrick corrió al living sin molestarse en consultar el visor de la puerta.

Convencido de que se trataba de Goldie.

De ahí su mueca de perplejidad, sorpresa… y temor.

Eran dos sus visitantes. Dos individuos. Con el negro uniforme que les catalogaba como agentes de la PSC. Dos miembros de la Policía de Seguridad Ciudadana. Ambos con su correspondiente yelmo protector que les ocultaba el rostro. Las manos enguantadas. Con el cinturón cartuchera portando en la funda una terrorífica Zas-B de cañón.

—¿Dalton Kibrick? —inquirió uno de los individuos.

Kibrick asintió.

Sin despegar los labios.

Los dos policías se adentraron en el apartamento. Sin esperar autorización. Los agentes de la PSC jamás solicitaban permiso.

—¿Nos permite comprobar su identidad? —dijo uno de los policías, sacando de las cartucheras un aparato microdactilar—. Simple rutina.

—Sí, por supuesto...

Dalton Kibrick introdujo el dedo índice de su diestra por el orificio del microdactilar. El policía accionó una diminuta palanca del aparato. Una minipantalla se iluminó casi al instante. Fueron apareciendo letras. Unas tras otras. En vertiginosa sucesión.

«Dalton Kibrick. Varón. Veintiocho años de edad. Blanco...»

El agente volvió a pulsar la palanca.

Con una sonrisa.

—Ya es suficiente. Vístase, Kibrick.

—¿Cómo?

El agente de la policía de seguridad ciudadana se permitió el ampliar la sonrisa, aunque el detalle no fue apreciado por Kibrick. El yelmo no permitía distinguir las facciones del policía.

—No puede acompañarnos así, Kibrick. Luciendo esa bata de seda. No sería correcto.

Dalton Kibrick tragó saliva.

—¿Tengo que ir con ustedes?

—Correcto.

—¿Por qué?

—No podemos añadirle nada más, Kibrick. Limítese a obedecer. Es todo cuanto debe hacer. Obedecer sin preguntas.

Una tenue palidez se apoderó de las facciones de Dalton Kibrick.

No.

No formuló ninguna otra pregunta.

Los agentes de la policía de seguridad ciudadana no gozaban de mucha popularidad. Todo lo contrario. Eran temidos por la mayoría de los ciudadanos. Máxime si realizaban una visita a domicilio. Era un mal presagio. En especial para el morador de la vivienda.

A los miembros de la policía de seguridad ciudadana también se les conocía como los mensajeros de la muerte.

CAPITULOII

Dalton Kibrick se esforzó por mantenerse tranquilo.

Aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir.

No había hecho nada. Eso repetía mentalmente una y otra vez. No había hecho nada contrario al sistema. Todo lo contrario. Él trabajaba para el gobierno. Era un funcionario del régimen. Al igual que Paul Handler.

Kibrick se mordió instintivamente el labio inferior.

Paul Handler.

¿Por qué diablos había recordado a Paul Handler?

Paul Handler fue un buen hombre. Un fiel cumplidor de la ley. Dedicado por completo a su trabajo en la sección de computers del Departamento Documentación. Jamás había hecho nada malo. Y un día, llegaron los de la policía de seguridad ciudadana.

Y del bueno de Paul Handler nunca más se supo.

Dalton Kibrick se pasó el dorso de la mano por la frente. Estaba viviendo una noche muy distinta a la imaginada. Su apartamento. Goldie. El champaña de las colonias francesas....

Todo muy diferente.

Viajaba en un coche blindado de la PSC. En la par-

te posterior. Sin posibilidad de ver hacia donde era conducido.

Kibrick consultó por enésima vez el digital de su reloj de su reloj electrónico de pulsera. Llevaba ya seis minutos en el auto blindado.

Y fue a los trece minutos cuando el vehículo detuvo su marcha. Se abrió la portezuela trasera. Asomando al instante el agente de la PSC.

—Ya puede bajar, Kibrick.

Dalton Kibrick obedeció con una forzada sonrisa.

Ahora comprendía el temor de todo detenido por la policía de seguridad ciudadana. Todo cuanto acontecía resultaba siniestro.

Ninguna explicación por parte de los enlutados agentes. Ni tan siquiera poder ver sus rostros y deducir la posible gravedad del caso. Aquel yelmo de vidrio coloreado. El micro acoplado en el casco que dejaba oír la voz. Una voz metálica. Infrahumana.

Sí.

En más de una ocasión se llegó a pensar que los miembros de la policía de seguridad ciudadana no eran humanos, sino simples androides.

Se comprobó que sí eran humanos.

Al encontrar sus cadáveres en las calles de cualquier megaciudad. Abatidos por los delincuentes, los terroristas o grupos contrarios al sistema establecido. Para todos ellos, puede que incluso para el ciudadano honrado y ajeno a toda manifestación, un PSC era un enemigo en potencia.

Dalton Kibrick dirigió una rápida mirada a izquierda y derecha.

Estaba en una plataforma subterránea.

En el subsuelo de un edificio. De un bloque importante. Lo delataba el hecho de tener instaladas diferentes vías de acceso de conducción automática. El auto blindado de la PSC había llegado hasta allí mediante conducción automática programada.

Kibrick fue introducido en un tubo-elevador.

Ya no era acompañado por los dos agentes de la policía de seguridad ciudadana. Estaba solo. En aquella cilíndrica cabina que subía a vertiginosa velocidad. Sin panel alguno. Sin indicadores.

El tubo-elevador se detuvo con suavidad.

Se abrió la compuerta.

Dalton Kibrick quedó unos instantes inmóvil. En el interior de la cabina. Paralizado por la sorpresa. Contemplando con perplejos ojos la estancia. Y en especial al individuo situado tras la mesa escritorio.

Un hombre que dejó oír su autoritaria voz.

—No se quede ahí, Kibrick. ¡Adelante!

Dalton Kibrick obedeció como un autómata.

Ni tan siquiera se percató de que el tubo-elevador cerraba su compuerta y quedaba perfectamente camuflado. Confundido con una de las paredes de la estancia. Un lujoso despacho. Con valiosos muebles. Un mobiliario que, en los albores del siglo xxi, era difícil de conseguir. Madera de la mejor calidad. Sin duda procedente de los acotados bosques estatales.

La mesa escritorio construida en roble con incrustaciones de palo santo. Sillería tapizada en fina piel. Un mueble biblioteca en lupa de roble, al igual que el canterano de tapa abatible y vidrieras biseladas. En uno de los rincones de la amplia estancia una arquimesa en nogal, ébano y boj tallada a mano y con profusión de artístico bronce.

Todo aquello contrastaba con un mural. Un gigantesco panel. Con pantallas de diferentes tamaños. Infinidad de destellantes luces, pulsadores, palancas, osciladores, amplificadores de imagen... En la parte inferior del mural, un gráfico iluminado representaba el globo terráqueo. Las zonas del planisferio en diferentes tonalidades. Predominando el azul, el rojo, el amarillo y el negro.

Dalton Kibrick conocía el significado de aquellos colores.

Toda la extensión de los Estados Unidos señalizada en azul. Al igual que los territorios dominados en África, Europa y demás colonias conquistadas. La URSS en color rojo, extendiendo su hegemonía a otras zonas del planeta. El negro era compartido con el amarillo en amplias franjas de África, Europa, Asia y Sudamérica. El amarillo simbolizaba territorios aún sin dominar por alguna de las dos grandes superpotencias. En cuanto al negro...

El color negro significaba la destrucción. El terror. El caos. La desolación. La muerte...

Todo aquello, el mobiliario y decoración de la estancia, había pasado desapercibido para Dalton Kibrick. Su atención se centraba en el individuo situado tras la mesa escritorio.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. De abombada frente. Un individuo con tendencia macrocéfala. De abundante pelo. Ojos redondos. Muy brillantes. Saltones. Unos ojos que parecían reflejar gran astucia... o una enfermiza demencia.

Aquel hombre era Wes McLaglen.

El general McLaglen.

El jefe supremo de los ejércitos USA. El hombre más poderoso de la nación. A nadie debía rendir cuenta de sus actos. Wes McLaglen era uno de los miembros del triunvirato militar que gobernaba el país. Junto a la mesa escritorio se emplazaba una máquina receptora de datos. La pantalla iluminada. Tecleando vertiginosa.

El rostro de Wes McLaglen fue reflejando una sonrisa que se tornó en ruidosa carcajada al enmudecer la máquina.

—¡Bien…! ¡Bien, condenación! ¡Hemos aplastado la resistencia en las islas! La capital ha quedado arrasada. Convertida en cenizas. ¿Qué le parece, Kibrick? Ni un solo edificio en pie. Es usted uno de los primeros en conocer la buena nueva.

—Le…, le felicito, señor.

El general McLaglen se incorporó del sillón.

Frotándose las manos.

Sin dejar de reír.

—Todos debemos felicitarnos. Todo el pueblo norteamericano. Nuestros ejércitos ya sólo combaten en siete frentes. Ya hemos ganado una de las guerras. Pese a la ayuda que recibían de los rusos. Nos consta que así era. Esos malditos rusos…

La sonrisa se borró en el rostro de Wes McLaglen.

Y se incrementó el brillo en sus saltones ojos.

En la muñeca izquierda del general McLaglen se ajustaba un extraño brazalete. Con un pequeño disco engarfiado. Como si fuera un timbre. McLaglen comenzó a acariciar aquel disco. Sin eclipsar de sus ojos el fuerte destello.

Dalton Kibrick sintió flaquear las piernas.

Había oído hablar de aquel brazalete. Un dispositivo que el general McLaglen siempre llevaba consigo. Algo que, al pulsarlo, haría entrar en funcionamientototodos los silos secretos donde se emplazaban las armas macronucleares. Algo que provocaría el holocausto final. Algo que dejaría al planeta Tierra en ruinas. Sin el menor signo de vida humana.

Wes McLaglen permaneció unos segundos con la mirada fija en la

muñequera. Acariciando el disco.

Unos segundos que para Dalton Kibrick fueron una eternidad.

El general McLaglen alzó la mirada. Parpadeó al posar sus ojos en el pálido Kibrick.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace…? ¡Ah! Ya… Tome asiento, Kibrick. Disculpe… Estaba pensando. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Lo comprendo, señor.

—Siéntese.

—Sí…

—¿Sorprendido por estar aquí, Kibrick? ¡En cordial conversación con el general McLaglen!

—En efecto, señor.

—Fue seleccionado por los computers —sonrió McLaglen, comenzando a pasear alrededor de la mesa escritorio—. Como el hombre más capacitado para la misión. No todo puede solucionarse por las armas, desgraciadamente. Tenemos problemas, Kibrick. Graves problemas que nos amenazan. Siempre son ellos. Siempre ocasionados por ellos. Los rusos. Los malditos rusos…

McLaglen volvió a llevar su diestra al brazalete.

Era como un movimiento reflejo.

Mencionar a los rusos y acariciar el botón del disco era todo uno.

—Algo se está tramando en Sudamérica —siguió el general McLaglen, alejando su mano derecha de la muñequera—. ¡Ah, Sudamérica! ¡Una lamentable herencia del pasado! Usted lo sabe bien. Usted conoce nuestra historia. De nada sirve lamentar la torpeza de nuestros antepasados, pero opino que el entonces presidente Carter jamás debió permitir la formación de la República Socialista de Cuba y planear mejor su invasión. Un triste fracaso que ahora lamentamos.

—Fue el presidente Kennedy.

—¿Cómo dice, Kibrick?

Dalton Kibrick carraspeó.

—Nada, señor. Comparto su criterio hacia el presidente… Carter.

—Lógico. Ese fue el principio, Kibrick. El cáncer. Un mal que ahora se ha extendido por Centroamérica y por muchas naciones de Sudamérica. ¡Ahora dominadas por los rusos! Están muy cerca de nosotros. Y como siempre, al acecho.

—También estamos nosotros cerca de ellos, señor.

El general McLaglen sonrió.

Agradeciendo aquellas palabras de su interlocutor.

—¿Se refiere a nuestras colonias en Europa? ¡Buen trabajo nos ocasiona esa implantación de fuerza, Kibrick! Solo que Sudamérica es algo diferente. Es el gran polvorín. Con muchos intereses norteamericanos en danza. Y con varias naciones en un peligroso equilibrio. Sin inclinarse hacia un lado u otro. Jugando la baza de coquetear con las dos grandes superpotencias.

—Algunas naciones ya han pagado esa aparente neutralidad —dijo Dalton Kibrick, posando los ojos en el gráfico del mural. En las zonas negras marcadas en el mapamundi—. Lo han pagado muy caro.

Wes McLaglen asintió.

Con un enérgico movimiento de cabeza.

—Ellos se lo buscaron. Nosotros jamás atacamos sin previo aviso. Nuestros servicios de inteligencia, nuestros diplomáticos, embajadores, enviados especiales, asesores… Todos nosotros ofreciendo amistad, colaboración y ayuda. Si se nos rechaza peligrando entonces nuestros intereses, políticos o económicos, entonces sí actuamos. No somos tan salvajes como los rusos. Ellos invaden, y luego preguntan. Nuestra civilización es muy superior. No hay que olvidar que estamos en el siglo XXI.

Kibrick no hizo comentario alguno a la parrafada del general. Este parecía esperar la correspondiente alabanza.

—¿Está contento y orgulloso de su condición de ciudadano norteamericano, Kibrick?

Dalton Kibrick no dudó en la respuesta.

Conocía casos de indecisos.

Y aquella duda podía ser catalogada como delito de alta traición y terminar frente a un pelotón de fusilamiento.

—Por supuesto, señor.

—No esperaba menos de usted, Kibrick. De seguro no rechazará la misión que le voy a encomendar.

—Estoy a sus órdenes, señor. ¿Algo de mi especialidad? —inquirió Kibrick, cautamente—. Le recuerdo mi condición de funcionario en el centro californiano de Archivo y Documentación de la Historia Natural.

—Oh, sí... Es de su especialidad...

Wes McLaglen comenzó a reír.

Primero con suavidad. La fue incrementando. Hasta terminar en una desaforada carcajada.

Era una risa extraña. Marcadamente aguda. Muy aflautada. Casi histérica. Una risa característica en el general McLaglen.

Dalton Kibrick había escuchado con anterioridad aquella risa en el alto jefe del triunvirato militar de los Estados Unidos. Utilizada para arengar a los ejércitos, mediante los mensajes televisados. Para celebrar los triunfos tras las batallas... Era entonces cuando Wes McLaglen reía con su siniestra carcajada.

Y más de un ciudadano pensó en una posible demencia del todopoderoso general McLaglen.

Un pensamiento compartido por muchos, pero que nadie se atrevía a pregonar ni tan siquiera comentarlo con la familia.

Resultaba peligroso hacerlo.

El general McLaglen dejó de reír.

Con brusquedad.

—Usted está especializado en determinada materia del Archivo Documentación de la Historia Natural. Es jefe de esa sección.

—Correcto, señor. Animales extinguidos o exterminados en su totalidad. Esa es mi...

—Perfecto, Kibrick —interrumpió el general reanudando su risa—. Su misión será ir a Sudamérica. En busca del dinosaurio perdido.

CAPITULOIII

Sí.

Ahora pasó por la mente de Dalton Kibrick.

Aquel hombre estaba loco. El general Wes McLaglen, el número uno del triunvirato militar que gobernaba la nación más poderosa de la Tierra, coordinaba peor que una cabra salvaje.

—¿Qué opina de la misión, Kibrick?

Dalton Kibrick estaba sudando.

Allí, en el interior de aquel confortable despacho dotado de paneles de vidrio electrificado que proporcionaban perfecta temperatura, comenzó a sudar. Incapaz de reaccionar. Aturdido.

—Pues... me parece una magnífica idea, señor.

El general McLaglen entornó sus saltones ojos. Fijos en Kibrick. En una inquisitiva y penetrante mirada. Terminó por mover la pesada cabeza de un lado a otro. Con una mueca despectiva.

—Están locos... Ustedes, los científicos e investigadores, están todos locos. Rematadamente locos. ¡El dinosaurio perdido...! ¡El último dinosaurio!

—Bueno, yo...

—Escuche con atención, Kibrick —interrumpióMcLaglen, secamente—. Me he desplazado hasta San Francisco para hablar con usted personalmente. Esta es una misión secreta. Muy pocos de mis colaboradores están al corriente de ella. Los rusos han instalado una base subterránea en Valle del Sol. En el corazón de Sudamérica. A poca distancia de la ciudad de Glosina. Con el beneplácito de las autoridades del país. Esa base rusa, supuestamente instalada para asesorar a los nativos en el cultivo y producción industrial de alimentos hidropónicos, es una tapadera. Nuestros servicios de inteligencia han descubierto algo importante. En esa base subterránea se está experimentando un prototipo de artefacto bélico espacial.

—¿Espacial?

—Ha oído bien, Kibrick. Espacial. Gracioso, ¿verdad? Después de la batalla lunar, después de bombardearnos mutuamente las incipientes

bases en Marte; los rusos siguen con artefactos bélicos espaciales; pero no para atacar lo poco que nos ha quedado en la Luna o Marte. Y tampoco ahora tenemos en proyecto ninguna otra aventura espacial. Bastantes problemas nos atan aquí a la Tierra. Dominamos medio planeta, Kibrick. Eso requiere nuestra máxima atención. Tenemos conflictos bélicos con los rusos en todas las partes del globo. Sin contar las escaramuzas con los países que nos son contrarios.

—Conozco todos esos problemas, señor.

El general McLaglen sonrió.

Acentuando su mirada de desprecio.

—Usted no sabe nada, Kibrick; pero dejemos eso. Lo cierto es que los rusos están investigando en un nuevo artefacto bélico para, desde el espacio, poderlanzarlo contra nosotros. Un arma espacial para atacar la Tierra. Un proyectil fantasmal, una especie de rayo cósmico, sin posibilidad de ser interceptado ni neutralizado. Y no sólo eso, Kibrick. Ese proyectil, al que denominan con las siglas SOLX-3M, es de una capacidad de aniquilación tres veces superior a la de nuestra bomba SML-77.

Dalton Kibrick tragó saliva.

Sí, había oído hablar de las SML-77. También eran tristemente conocidas en las zonas negras señalizadas en el mapamundi. Los proyectiles SML-77 quemaban la tierra. Calcinándola. Sin dejar nada en pie. La destrucción era total.

—Es…, es difícil imaginar algo aún más terrorífico que una SML-77.

Wes McLaglen parpadeó.

—¿Terrorífico? ¡Tonterías, Kibrick! La SML-77 es el arma perfecta. No deja nada en pie. La mejor de las megaciudades queda convertida en escombros. Y los vencidos deben reconstruirla. Con nuestra ayuda. Nosotros les suministramos todo lo necesario. Hombres y material. El negocio de la guerra, Kibrick. Destruir para luego reconstruir.

—Me parece monstruoso.

El general volvió a parpadear.

Repetidamente.

En sus saltones ojos un brillo de incredulidad. De marcado estupor.

—¿Cómo ha dicho, Kibrick?

—Tal vez no he empleado la palabra correcta —respondió Dalton Kibrick, con cautela. Aun consciente de pisar terreno peligroso, no rectificó—. Yo no soy unpolítico, pero no encuentro civilizado el destruir un país para luego ofrecer ayuda a los vencidos hipotecándoles de por vida.

—Comprendo. Prefiere la política utilizada a finales del siglo pasado. La denominada bomba de neutrones. ¡Oh, sí! ¡La muy alabada bomba de neutrones! La que extermina al hombre y deja intacto su entorno.

—Yo no...

—¡Maldita sea, Kibrick! ¿Por qué no consulta en otros archivos distintos a los de su flora y fauna? ¡En las guerras de finales del siglo XX! ¡Las bombas de neutrones! ¡Condenación! ¿De qué sirven las ciudades bonitas, los monumentos, los jardines... si no hay habitantes! Murieron millones de seres humanos, Kibrick. Y animales. Indefensos animales que no habían causado daño alguno. ¿Qué me responde a ello?

Los saltones ojos de McLaglen se nublaron.

Como si fueran a llorar.

—Las SML-77 aniquilan todo, señor. Las ciudades, al hombre... y a los indefensos animales.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué le ocurre, Kibrick? ¡Gobierno un país fuerte y poderoso! Con un elevado nivel de vida en la mayoría de sus habitantes. ¿Cómo conseguir eso? ¿Lo cree fácil? Hay materias primas de difícil salida. Esas guerras, esa destrucción... Todo es negocio, Kibrick. ¡Y necesario para el engrandecimiento de nuestro país!

—No quiero discutir con usted, señor.

—Por supuesto que no lo hará —replicó el general McLaglen, con voz veladamente amenazadora—. Los rusos siguen nuestra política, Kibrick. Con muy pocos variantes. Conquistan naciones por la fuerza y luego seconvierten en protectores. Pronto la totalidad del planeta estará dominada por las dos grandes superpotencias. Dos fuerzas poderosas. Dos tendencias. Dos alternativas. Eso es lo que impedirá. Y

la eterna lucha por dominar una sobre la otra; aunque sin romper el equilibrio. No nos interesa. Ni a nosotros ni a los rusos.

—Entonces no debe preocuparse por el SOLX-30 soviético.

—No comprende la situación, Kibrick —el tono de voz en Wes McLaglen fue severo. Como si reprendiera a un alumno mal aplicado —. En el negocio de la guerra, a mayor destrucción, mayor ayuda posterior. Mayor gasto. Más negocio. Y en consecuencia aún más elevado el empréstito a pagar. ¿Qué ocurre con nuestras colonias europeas? Sus beneficios agrícolas, industriales y de toda índole son, en un cuantioso tanto por ciento, para nosotros. Para los Nuevos Estados Unidos. En pago a la ayuda prestada para la reconstrucción. Retornemos ahora al punto de partida. El SOLX-3M ruso arrasa la tierra. La calcina de tal modo que es imposible el cultivo en ella. Los campos, los bosques, terrenos de labranza… nada. No quedará nada ni posibilidad remota de volver a plantar. ¿Se imagina el negocio para nuestras industrias de alimentos hidropónicos, sintéticos y prefabricados? Todo alimento en los territorios castigados por el SOLX-3M sería forzosamente artificial.

—Monstruoso.

—En efecto. Algo fabuloso —sonrió el general, sin oír bien a Kibrick—, pero el secreto del SOLX-3M debe ser también nuestro. Los territorios «negros», mediante un tratamiento especial, era nuevamente posiblerecuperarlos para la agricultura y demás. Con el SOLX-3M… o acabar con el científico ruso que está trabajando en el proyecto.

—Yo soy un simple funcionario del Archivo Documentación de la Historia Natural —murmuró Dalton Kibrick—. Mi labor se limita al estudio e investigación de las especies recientemente extinguidas, al archivo de…

—Conozco lo estúpido de su trabajo, aunque hay sectores del gobierno que consideran importante todo lo cultural. Yo no me opongo. Soy un defensor de la cultura. Aquí tiene una de mis bibliotecas —señaló Wes McLaglen hacia el mueble—. Con ejemplares valiosos. Incunables. No he leído ninguno de los libros, pero eso no importa. Usted es el jefe de una de las secciones del Archivo Documentación de la Historia Natural en California. Y ha sido seleccionado por las computadoras para la misión que…

—Pero yo no…

—No me interrumpa, Kibrick. No vuelva a hacerlo jamás.

Dalton Kibrick apretó con fuerza las mandíbulas.

Enfrentando su mirada a la del general.

—Los ordenadores no pueden equivocarse, Kibrick —siguió Wes McLaglen, ajeno a la fría mirada de su interlocutor—. Le fueron suministrados todos los datos y el seleccionado, entre otros muchos candidatos prehistóricos. Los computers respondieron también sobre su capacidad, astucia, inteligencia, reflejos y lealtad hacia el gobierno de la nación.

McLaglen hizo una pausa.

Dejó de dar vueltas alrededor de la mesa escritoriopara aproximarse al mural. Presionó un mando control haciendo iluminar una zona de Sudamérica. Una franja en amarillo. Un territorio todavía sin ser dominado por ninguna de las dos grandes potencias.

En la zona amarilla comenzó a destellar un punto. En reiteradas intermitencias luminosas.

—Ahí lo tiene, Kibrick. Las Rocas. Una bonita ciudad. Y a poca distancia de Las Rocas, al pie de los volcanes, está la base subterránea rusa supuestamente dedicada a asesorar a los nativos. En esa zona, junto a la gigantesca boca de uno de los volcanes, ha sido visto el dinosaurio.

Dalton Kibrick sonrió.

Marcadamente burlón.

—He oído la noticia. Por la descripción facilitada se trata de un bello ejemplar de brontosaurio.

—¿La considera falsa?

—Por supuesto, señor. Poco importa que fuera visto por un centenar de testigos. Gente ignorante y supersticiosa que imagino ver...

—Correcto, Kibrick —interrumpió Wes McLaglen—. Eso no importa. Me tiene sin cuidado la existencia de ese condenado bicho raro. Lo cierto es que sí nos ha proporcionado una buena disculpa para desplazarnos hasta allí. Hemos solicitado autorización al

gobierno para que permita a una expedición norteamericana investigar en el suceso. No se han negado. Romperían su neutralidad. Han permitido una base rusa de asesoramiento. No podían rechazar a un equipo de científicos norteamericanos en busca del dinosaurio. Un equipo capitaneado por la ilustre profesora Scott y otros no menos famosos…

—¿La profesora Scott? —respingó Kibrick, olvidando la advertencia de no interrumpir al general—. ¿La profesora Scott ha dado crédito a esa burda y ridícula historia?

—Ya está en Las Rocas. Tengo entendido que es una experta en el campo de la Paleontología. Hemos conseguido que le admitan en el grupo, Kibrick. Como si hubiera partido de usted la idea. Por su condición de investigador y estudioso de las especies extinguidas.

—Ridículo.

Wes McLaglen asintió.

Sonriente.

—Por supuesto que no va a perder el tiempo buscando ese bicho, Kibrick. Hay unas cabañas habitables alrededor de la base. Un poblado de indígenas. Allí se reúnen los científicos de la base para tomar unas copas y conversar. También se desplazan a Las Rocas en busca de diversión. Incluso el profesor Serov, creador del SOLX-3M. Ya conoce la misión, Kibrick. Conseguir los planos del proyecto.

—¿Me permite una pregunta, señor?

—Adelante, Kibrick.

—¿Qué ocurre con nuestro famoso y experto servicio de inteligencia? ¿Por qué no actúa en el caso?

—Descartado. Los rusos también tienen su servicio de inteligencia. Y conocen a los nuestros. No permitirían aproximarse a nadie sospechoso. Será distinto con un ridículo intelectual que busca un dinosaurio —el general McLaglen comenzó a reír a carcajadas—. ¡Un dinosaurio!

—Yo no soy un espía, señor.

—Cumplirá la misión, Kibrick. No puede negarse.

—¿No…, no puedo?

La mirada de Wes McLaglen se endureció.

—¿Conoce nuestros campos de rehabilitación, Kibrick?

Dalton Kibrick no respondió a la pregunta.

Sí.

Tenía noticias de aquellos denominados campos de… rehabilitación. Entrar en ellos significaba no volver a salir jamás. Se experimentaba con hombres y mujeres. Convertidos en cobayas humanas. Por el bien de la ciencia. Auténticos campos de horror y muerte.

—¿Cuándo debo salir hacia Las Rocas, señor?

El general McLaglen sonrió abriendo uno de los cajones de la mesa escritorio. Extrajo un sobre rectangular.

—Mañana mismo, Kibrick. Aquí tiene todo. Encontrará un disco cotidiano que puede descifrar en clave internacional DVOX-BZ. Esté atento, puesto que se au-todestruirá después de transmitir. Le pondrá al corriente de datos básicos sobre el SOLX-3M. Ese pueblo indígena, en la zona de los volcanes donde se emplaza la base rusa, se le conoce por Roca Negra. Allí encontrará el campamento de la profesora Scott y su equipo. En Las Rocas uno de nuestros agentes de inteligencia se pondrá en contacto con usted. Sólo uno. No espere más ayuda o colaboración. Ya le he dicho que todo es alto secreto para no hacer desconfiar a los rusos. Si no puede conseguir los planos del SOLX-3M, actúe en consecuencia.

Dalton Kibrick arqueó las cejas.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Parece tonto, Kibrick. Está claro. Si no consigue los planos, deberá liquidar al profesor Serov.

CAPITULOIV

Sudamérica.

El eterno polvorín.

El esbozo de una sonrisa se reflejó en el rostro de Dalton Kibrick. Una amarga mueca. Toda la Tierra era ya un sangriento polvorín. Las dos grandes super-potencias. Luchando por sus respectivos intereses. Ajenas a todo lo demás. Sin importarles la muerte, la destrucción...

Kibrick sacudió la cabeza.

Como si quisiera despertar de una pesadilla.

Eso le parecía estar viviendo. Una horrible pesadilla. Desde que salió de su apartamento escoltado por dos agentes de la policía de seguridad ciudadana... hasta ahora. A bordo de un Box Mach Super de pasajeros. Un supersónico flujo laminar que ya iniciaba la toma de tierra en el aeropuerto sudamericano.

Minutos más tarde los túneles móviles de acceso se acoplaban a las diferentes compuertas del supersónico.

El equipaje de Dalton Kibrick era muy reducido. Un simple maletín con sus objetos personales. Compraría todo cuanto necesitara en Las Rocas. Así se lo habían ordenado. Su cuenta corriente había aumentado considerablemente. Lo comprobó poco antes de salir de San Francisco. El microordenador doméstico le informó del saldo. El gobierno de los Nuevos Estados Unidos le había gratificado con generosidad. Por aceptar la misión.

Aceptar la misión...

Dalton Kibrick no pensaba seguir las órdenes recibidas del general. Él era incapaz de convertirse en espía. Y mucho menos de cometer un asesinato a sangre fría.

Sin duda había sido sometido a vigilancia.

Estaba seguro de ello.

Debía actuar con toda prudencia. Fingir obedecer. Simular cumplir la misión encomendada. Y luego...

Dalton Kibrick respiró con fuerza.

¿Qué podía hacer luego? ¿Cómo escapar al control? ¿Qué lugar de la Tierra era seguro para un hombre que había traicionado al Triunvirato de los Nuevos Estados Unidos? Ni tan siquiera al lado de los rusos. Los servicios de inteligencia estaban en todas partes. Y los traidores no escapaban. Eran ejecutados tarde o temprano.

Dalton Kibrick se detuvo frente a uno de los paneles de información del gigantesco aeropuerto federal. Debía enlazar con la vía ochenta y dos del servicio de Levacars. Un rápido medio de comunicación que le conduciría hasta la ciudad de Las Rocas.

Consiguió dar con el andén correspondiente.

Introdujo su tarjeta mundicredit en una de las máquinas expendedoras de boletos tecleando el destino. Recibió la tarjeta junto con el ticket. Este indicando el número de Levacar y hora de salida.

Aún debía de permanecer cerca de treinta minutos en espera.

Acudió al snack del andén tomando asiento en una mesa cercana a la ventana. Desde allí contempló la salida de uno de los Levacars. La patente era made in USA. Aire comprimido originado mediante patines elevadores adheridos a una vía de acero mantienen el vagón en un cojín de aire a unas pocas centésimas de milímetros sobre los rieles. Mediante hélices el vehículo adquiere vertiginosa velocidad. El vagón, el carro elevado, era de construcción soviética.

Dalton Kibrick volvió a esbozar una amarga sonrisa.

Otro país en peligrosa neutralidad. Encendiendo una vela a Dios y otra al diablo. Hasta que una de las dos grandes superpotencias se decidiera a actuar más abiertamente. Y entonces, otra nación «amarilla» pasaría a tornarse «negra» en el gráfico del general Wes McLaglen.

Una sonora carcajada hizo ladear la cabeza de Kibrick.

Hacia el mostrador del snack.

Un individuo reía contemplando una fotografía.

—¡Eh, Carlos! ¡Mira! ¿No te recuerda a tu mujercita?

El llamado Carlos estaba situado tras el mostrador. Tomó la cartulina. De inmediato unió su risa a la del individuo.

—¡Infiernos, sí! ¡Es ella! ¿De dónde la has sacado?

El hombre sentado en el taburete recuperó la fotografía que depositó sobre un bolso femenino emplazado en el taburete contiguo.

—Pertenece a la jovencita que estaba aquí hace unos minutos. La belleza de ojos negros.

—Es la fotografía de un animal prehistórico, ¿verdad? —inquirió el empleado del snack—. En la videoteca de mi chico creo que hay cinta de esos bichos. Fueron actualidad con aquella serie de televisión sobre los hombres de la edad de piedra. ¿La recuerdas?

—¡Seguro! ¡Salían unas trogloditas muy apetitosas!

Los dos individuos rieron al unísono.

En sonoras carcajadas.

El hombre acomodado en el taburete abandonó el establecimiento a los pocos minutos.

Y Dalton Kibrick se incorporó aproximándose al mostrador. Con el maletín en la diestra. Lo depositó sobre la barra fijando la mirada en la fotografía. Tomó la cartulina entre sus manos.

Una fotografía en visión color.

Sin duda realizada con una cámara alemana Feuer. La más perfecta del mercado para fotografías instantáneas.

Kibrick empequeñeció los ojos.

La fotografía había sido tomada durante la noche. El animal era gigantesco. De piel renegrida. De considerable altura. Voluminoso. Cuello y cola extraordinariamente longitudinales. La cabeza, en proporción con el cuerpo, pequeña. Un animal monstruoso. Asomaba por entre unas colinas. Aplastando con sus patas varios árboles. Sus ojos parecían despedir fuego.

—¿Quieres devolverme la fotografía?

Dalton Kibrick respingó ladeando la cabeza.

Contempló a la mujer que se había situado a su izquierda.

Una mujer joven. De unos veinticuatro años de edad. Rostro de felinos pómulos. Ojos muy negros. Al igual que el sedoso azabache de su pelo semioculto por favorecedor sombrero.

Lucía una mini capa con cordón trenzado anudado al cuello. Vestido unipieza en tejido *new wet look* acharolado. Ajustado a su cuerpo como una segunda piel. Acentuando cada una de las pronunciadas curvas de su escultural cuerpo. Un modelo realmente provocativo.

—¿Es tuya? —inquirió Kibrick.

—Sí. Es mía —la muchacha se apoderó de la fotografía—. ¿Y quién eres tú para abrirme el bolso?

La joven, aunque en un correcto inglés, no podía ocultar su acento sudamericano.

Dalton Kibrick le dedicó una amistosa sonrisa.

—Jamás me hubiera atrevido a semejante cosa. La fotografía estaba ahí encima y sólo me...

—Es cierto, señorita —intervino el individuo del mostrador—. La dejó encima del bolso cuando me abonó la consumición y fue en busca de cigarrillos. Tampoco yo hubiera permitido que alguien le abriera el bolso.

La muchacha no hizo comentario alguno. Abrió el bolso guardando en su interior la fotografía. Seguidamente giró sobre sus talones abandonando el local.

Dalton Kibrick salió del snack a los pocos segundos.

Localizó a la joven en uno de los asientos de espera del andén. Fumando un cigarrillo de hierbas made in USA. Con su correspondiente dosis legal de estimulante.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —interrogó Kibrick, tomando asiento junto a la muchacha.

—Pierdes el tiempo conmigo. Mi levacar sale dentro de unos minutos. ¿Por qué no lo intentas con otra?

—Eres muy mal pensada. Mi interés se centra en la fotografía. En el dinosaurio. Me pareció que era un brontosaurio. Un bello ejemplar.

La joven arqueó las cejas.

Con sus negros ojos fijos en Kibrick.

Sin ocultar un leve destello de perplejidad.

—¿Cómo sabes tú…?

—Mi nombre es Dalton Kibrick. Ciudadano de los Nuevos Estados Unidos. Trabajo en el Archivo Documentación de la Historia Natural de California, con sede en San Francisco.

Los gordezuelos labios femeninos sonrieron abiertamente.

—Yo soy Laura Oliver. He nacido aquí. En la capital de la nación. Soy periodista en el *Gran Noticiero.*

—La maqueta del dinosaurio está muy bien lograda. De un gran realismo. Es casi perfecta.

—Es real.

—¿Qué quieres decir? ¿Insinúas que…?

—Lo lamento, Dalton; pero están anunciando la formación del Levacar con salida hacia Las Rocas —dijo Laura Oliver, incorporándose del asiento—. Ese es mi destino.

—Y el mío.

—¿Tú también…? Ahora comprendo. Estás interesado en el dinosaurio aparecido en la zona de Roca Negra, ¿me equivoco?

—Interesado, aunque algo incrédulo —sonrió Kibrick—. Sería demasiado fantástica esa supuesta aparición. No doy crédito a la versión de esos indígenas que vieron salir al animal de uno de los volcanes.

—Tampoco yo les daba crédito, Dalton. Incluso cuando el redactor jefe del *Gran Noticiero* me ordenó desplazarme a Roca Negra, lo consideré una idiotez. Permanecí dos días recorriendo los volcanes y zonas montañosas de Roca Negra. Encontré huellas, Dalton. Huellas de un animal gigantesco. Realicé un magnífico reportaje. La noticia llegó a divulgarse por USA-TV-UNO.

—Lo sé. En un programa de amenidades y noticias curiosas de muy dudosa credibilidad.

Laura hizo un mohín.

—Mi reportaje fue bueno, Dalton. Y documentado. Apoyado con fotografías de las huellas del animal. Investigué sobre esos..., esos animales prehistóricos. Y yo misma solicité el regresar a Roca Negra. Una semana. Sí, Dalton. Toda una semana deambulando por aquellos parajes volcánicos. Con mis cámaras en el auto todoterreno. De un lugar a otro. Rechazando las comodidades ofrecidas en el campamento ruso cercano a Roca Negra o en cualquier confortable hotel de Las Rocas. Cuando ya empezaba a desesperar, lo conseguí. Vi aparecer al monstruo.

—¿Te refieres a...?

Laura abrió precipitadamente el bolso que llevaba en bandolera. Extrajo la fotografía.

—Es real, Dalton. Apareció ante mí. Quedé horrorizada. Ni tan siquiera sé cómo conseguí el suficiente valor para hacer funcionar mi cámara. Desapareció hacia las montañas. Hacia la zona de los volcanes. Fue..., fue alucinante.

Kibrick volvió a examinar la fotografía.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro

—Me resisto a creer que...

—¡Nuestro Levacar, Dalton! —interrumpió la muchacha—. ¡Vamos! Hablaremos durante el viaje.

Kibrick asintió.

Sin apartar la mirada de la fotografía.

Se encaminaron hacia el vagón tubular.

Dalton Kibrick había dejado de pensar en el SOLX-3M ruso. En el general McLaglen. En la siniestra misión encomendada. Su mente era ocupada por la fantasmal e irreal imagen de un animal prehistórico de millones de años de antigüedad.

CAPITULOV

Salieron por una de las plataformas deslizantes de la estación central de Las Rocas.

—¿Dónde piensas instalarte, Dalton?

—Aún no lo sé. La profesora Scott me ha aceptado en su equipo, pero ignoro si disponen de plaza para mí. Ellos se han instalado en Roca Negra. A poca distancia del poblado.

Laura asintió.

—Lo sé. He visto sus casas prefabricadas. Yo he conseguido una cabaña en el poblado indio. Allí tengo todos mis instrumentos de trabajo. Si no encuentras acomodo, yo te recibiré con los brazos abiertos.

Los ojos de Dalton Kibrick adquirieron un cínico brillo. Dirigió una mirada significativa al escultural cuerpo femenino. Materialmente enguantado en aquel ceñido vestido.

—¡Acepto!

Rieron al unísono.

—Oye, Dalton... ¿por qué no me esperas? Yo misma te llevaré hasta Roca Negra. Sería cuestión de tres o cuatro horas. El tiempo de presentar unos videotex en la delegación del *Gran Noticiero* aquí en Las Rocas. Tengo a mi disposición un auto y...

—Gracias, Laura; pero prefiero salir de inmediato hacia Roca Negra.

—Comprendo. El investigador está impaciente por encontrar al dinosaurio.

—En efecto. Máxime después de hablar contigo y ver la fotografía. Ya no lamento el haberme desplazado hasta aquí.

—Al menos tú sí has dado crédito a mis palabras. No me has catalogado como una vulgar embaucadora dedicada a falsear noticias para incrementar la venta de un periódico. Esas fueron las palabras de la profesora Scott. Dijo que mi fotografía del dinosaurio había sido tomada en unos estudios cinematográficos. Que todo era un truco. Incluidas las huellas encontradas en los terrenos volcánicos. Todo una

patraña inventada por mí. ¡La muy...!

Kibrick sonrió.

Divertido por la expresión de ira reflejada en el rostro de la muchacha.

—No conozco personalmente a la profesora Scott, aunque sí he leído todos sus libros. No le hagas mucho caso, Laura. Todos los intelectuales estamos un poco locos. De ahí que todos los gobernantes de los países civilizados estén a la caza del intelectual.

Volvieron a unir sus risas.

—Hasta pronto., Dalton —se despidió la joven—. ¡Nos veremos en El Nido!

-¿El Nido?

—¡Ya lo conocerás! ¡Adiós!

Laura se alejó.

Dalton Kibrick todavía quedó unos instantes en la galería de la estación central. Siguiendo con la mirada a Laura Oliver. Hasta perderla tragada por una riada de hombres, mujeres y vehículos.

La estación central de Levacars se emplazaba en el corazón de Las Rocas. Una ciudad próspera. Entre las cinco principales del país. Lo de mantener las puertas abiertas a las dos grandes superpotencias tenía sus ventajas. Ambas se esforzaban en incrementar su ayuda y colaboración. Deseando inclinar favorablemente la balanza a su favor. Y de ello salía ganando la nación supuestamente neutral.

Dalton Kibrick se encaminó hacia la zona de parking reservada a los vehículos de alquiler.

Se introdujo en un taxi.

Un Burnet made in USA. Un viejo modelo de turboélice que en California ni tan siquiera servía como chatarra.

El conductor del vehículo era un individuo de rostro redondo y sonriente,.

—¿Adónde vamos, señor?

—A Roca Negra.

La sonrisa se quebró en el rostro del individuo.

—¿Roca Negra?

—Está a pocas millas de aquí. Al oeste de Las Rocas. Antes de...

—Conozco Roca Negra —interrumpió el taxista, iniciando la marcha del vehículo—. Ocurre que no me gusta salir de la ciudad, pero no puedo negarme. Y menos con los extranjeros. Hay que ser complaciente con los visitantes. Estoy a su total disposición.

—Muy amable.

—No me lo agradezca. Son órdenes del gobierno. El otro día colgaron a un compañero por engañar con la tarifa a un turista americano.

—¿Habla en serio?

—Salió en los periódicos. Fue muy divulgado para que nos sirviera de escarmiento a todos nosotros. Aquí puedes robar o matar a tu familia, pero mucho cuidado con timar a un extranjero. Sí, señor. Le colgaron. Ahorcado. Una muerte muy fea. No estamos tan civilizados como en su país. Aquí no tenemos la «rueda de agujas».

Dalton Kibrick fijó la mirada en el espejo retrovisor.

Para poder contemplar el rostro del individuo.

Y no le pareció que bromeaba. No hablaba con ironía.

—Yo no considero civilizada la rueda de las agujas.

—Al menos sí resulta divertida, señor. Contemple la ejecución de ese tal Salkow... ¡Ah, condenación! Hubiera sido bonito el poder participar, pero comprendo que se reserve exclusivamente a los ciudadanos de los Nuevos Estados Unidos. El conectar con USA-TV-UNO fue un buen negocio para nuestra televisión estatal. A cada aguja de Zophol-X nos soltaban un anuncio publicitario.

El vehículo se había ido alejando del centro de la ciudad.

Con rapidez.

Por la vía de circulación dedicada exclusivamente a auto-taxi,

servicios de urgencia y vehículos oficiales. Ningún otro auto ajeno se atrevía a pisar el carril.

—Fue un espectáculo salvaje —dijo Kibrick.

Fue el taxista quien posó ahora sus ojos en el espejo retrovisor. Para contemplar inquisitivamente a su pasajero.

—Oiga..., usted es ciudadano de los Nuevos Estados Unidos, ¿verdad? No será de...? ¡Cielos! Roca Negra.

Allí es donde se han instalado los soviéticos. Usted es un...

—Tranquilo —sonrió Dalton Kibrick—. No soy ruso. El hecho de que...

Una horrenda explosión ahogó las palabras de Kibrick. La tierra pareció temblar. El Burnet vibró sobre el asfalto. Sólo la pericia del conductor logró mantener la dirección del vehículo y evitar colisionar con otros autos que, sobresaltados por la explosión, habían perdido el control.

Una gigantesca nube negruzca brotó de tras unos edificios cercanos.

De inmediato se escuchó el ulular de sirenas.

—¿Qué puede haber ocurrido? —interrogó Kibrick.

El taxista no respondió.

Había pulsado a fondo el mando del acelerador. Dobló hacia una callejuela. Una vía sin carril especial. No aminoró la velocidad. Mantuvo a fondo el pulsador.

—Tenemos que salir de la zona, señor. Dentro de unos minutos todo estará bloqueado por las fuerzas de seguridad. Y todos cuantos encuentren en el cerco, detenidos. El caso es grave. Han volado el edificio de la Compañía Armadora Zafra.

—¿Zafra? ¿Tiene algo que ver con vuestro presidente Gilberto Zafra?

El taxista hizo una mueca.

—La Compañía Armadora Zafra está dirigida por un hermano de nuestro presidente. Y hoy mismo se firmaba un acuerdo con la Stears

Service Armament de Nueva York. El mismísimo señor Stears se había desplazado a Las Rocas para ceder la patente de su rifle multifuego a la Compañía Zafra. Ayer fue ampliamente divulgado el acontecimiento por la televisión local.

Sin duda estaban todos reunidos en el edificio cuando se originó el atentado.

—¿Atentado?

—Puede darlo por seguro. Un atentado.

El Burnet circuló por diferentes calles. A gran velocidad. Al desembocar en una arbolada avenida frenó con brusquedad para de inmediato echar marcha atrás. Retornando a la callejuela.

Kibrick no formuló pregunta alguna.

También él había descubierto a la furgoneta. Una especie de carro blindado. Con una torreta de fuego giratoria. En la carrocería eran visibles dos palabras que destacaban poderosamente.

Patrulla Nacional.

En letras negras sobre el fondo gris del blindado.

El cañón de la torreta todavía dejaba escapar una temblorosa columna de humo. Y a poca distancia del furgón blindado se veía un auto en llamas. Un hombre había logrado escapar del incendiado vehículo.

Un hombre joven. Con chaquetilla de piel y pantalones embutidos en botas de altas cañas. En la chaquetilla lucía un distintivo. Una placa. Un círculo negro con una paloma blanca grabada en su interior.

—Santo Dios… Es uno de ellos —murmuró el taxista casi sin voz—. Había oído hablar de ellos, pero jamás había visto uno… Es un guerrillero del Movimiento de Liberación Mundial… Esa placa… ese círculo negro con la paloma blanca es el distintivo del Movimiento de Liberación Mundial.

Dalton Kibrick también había oído hablar del MLM. Un grupo revolucionario que había surgido en diferentes partes del planeta. En los Nuevos Estados Unidos, en la URSS, en Europa, África, Sudamérica… Estaban en todas partes. Atacando desde la clandestinidad. En las sombras. Luchando contra los dictadores del

mundo. Contra los opresores. Contra los locos que gobernaban las naciones…

El hombre del MLM había alzado los brazos.

En señal de rendición.

Se abrió la compuerta del furgón blindado. Descendieron dos individuos. Con el uniforme de la temida patrulla nacional. Uno de los agentes, con el mando de teniente, portaba en su diestra una automática de fuego gradual. También se abrió la escotilla de la torreta. Asomó un patrullero con un lanzallamas portátil.

El teniente comenzó a reír.

Con los ojos fijos en el inmóvil individuo del Movimiento de Liberación Mundial. Este permanecía con los brazos en alto. Enfrentando su mirada a la del policía.

El teniente deslizó uno de los discos del anillado cañón de la automática. Proporcionando así a la pistola su máxima potencia de fuego.

Apretó el disparador.

Sin dejar de reír.

La violencia del impacto, casi a bocajarro, desplazó al individuo varias yardas. Cayó con los brazos en cruz. La cabeza totalmente destrozada. Apenas unida al tronco. Convertida en un amasijo de carne deforme y renegrida.

* * *

Kurt Loncraine era un individuo de canosos cabellos y rostro con arrugas ya muy marcadas; aunque delatando en cada uno de sus movimientos una gran vitalidad. Un hombre corpulento que parecía derrochar energía. Estrechó con fuerza la mano de Kibrick.

—Es un placer conocerle, Kibrick. Le esperábamos hace un par de horas. Incluso la profesora Scott demoró su salida para que le acompañara a echar un vistazo por la zona, pero ante la tardanza decidió marchar.

—Ha sido una demora ajena a mi voluntad. El taxista quería conducirme a toda costa a la base rusa o al poblado de Roca Negra. Aseguraba que no había por aquí ningún otro lugar habitado.

—Nos hemos instaladohace poco. ¿Qué le parece?

Dalton Kibrick contempló las dos cosas.

Dos bloques. Independientes. De forma pentagonal. Construidos con polisulfuros y epóxidos. Ventanal panorámico y deslizante. Ni un solo clavo. Todas las uniones, juntas y revestimientos realizados con materiales y adhesivos plásticos. Dos dormitorios y dos cuartos de baño por bloque. Con un pequeño salón-comedor donde se emplazaba también la cocina. El diseño, dado el material plástico empleado, era de espectaculares superficies curvas. Los dos bloques, junto con un pequeño hangar, cercados por una empalizada extensible.

—Magnífico y acogedor.

—Lo es, Kibrick; aunque con muy malos vecinos —sonrió Kurt Loncraine, con una cierta ironía—. Al norte la base rusa, al sur los indios de Roca Negra y frente a nosotros los volcanes.

—¿Dónde queda el dinosaurio?

Loncraine entornó los ojos.

Dirigiendo a Kibrick una inquisitiva mirada.

—Parece que tiene sentido del humor. Eso es bueno, Kibrick. Nos agradará tenerle con nosotros. Vamos a tutearnos, ¿de acuerdo?

—Perfecto, Kurt.

—¿Dónde está tu equipaje?

—Aún no estaba seguro de poder quedarme con vosotros. Compraré lo necesario en Las Rocas. ¿Cuántos somos?

—La profesora Scott, el doctor Markham y yo.

—Creí que el equipo era más numeroso.

Kurt Loncraine sonrió.

—¿Más numeroso? No ha sido fácil recibir la ayuda económica, Dalton. Ya no existen los mecenas. Ningún país despilfarra parte de su

presupuesto en organismos culturales o investigaciones poco interesantes. Nosotros no dependemos de ningún organismo estatal. La expedición ha sido patrocinada por la Fundación Internacional Esperanza.

—Creí que era nuestro gobierno quien…

—¿Los Nuevos Estados Unidos? —interrumpió Loncraine, riendo con sarcasmo—. ¡Por favor, Dalton! No seas iluso. ¿Imaginas al Triunvirato dando el visto bueno a financiar la búsqueda de un dinosaurio? Escatiman el presupuesto para toda investigación cultural. Ni tan siquiera nos hemos atrevido a solicitar esa ayuda. Conscientes de cuál iba a ser la respuesta. Nuestra presencia aquí es totalmente ajena al gobierno de los Nuevos Estados Unidos. Y nos congratulamos de ello. La Fundación Internacional Esperanza es la única asociación a escala mundial que todavía lucha por la protección de los animales. Es en las reservas naturales de la fundación donde aún pueden verse especies ya condenadas a la desaparición.

—Lo sé.

—Por supuesto, Dalton. Tú eres jefe de una sección importante del Archivo Documentación de la Historia Natural de California. Debe ser muy triste ir computando datos sobre especies de animales que van desapareciendo del planeta. El noble caballo, el inteligente perro, el cariñoso gato…

Kibrick encendió un cigarrillo.

Asintió.

Con un leve movimiento de cabeza.

—Ciertamente es triste, Kurt. Máxime cuando debo documentar minuciosamente sobre las causas que motivaron la extinción de la especie. El caso del perro. El antaño denominado amigo del hombre. En nuestro país su desaparición fue debida al rechazo de una sociedad egoísta; pero en otros lugares, en naciones donde impera el hambre y la miseria, el perro ha servido de delicioso manjar.

Los dos hombres quedaron unos instantes en silencio.

Fue roto por Kurt Loncraine.

—Si conseguimos cazar al dinosaurio, la Fundación Internacional Esperanza lo recibirá entusiasmada. Le asignará el mejor lugar de la

reserva. ¿Recuerdas el caso del búfalo? El último ejemplar de las praderas americanas… Un solo búfalo en todo el país. Un organismo estatal se hizo cargo de él. Y terminó por disecarlo para así evitar sus costosos cuidados. ¡Maldita sea! Apuesto que igual hubiera ocurrido con el dinosaurio. Nuestro gobierno ordenaría de inmediato liquidarlo para ahorrarse la manutención del bicho. Disecarlo y al museo. Esa es la política seguida en todos los casos que…

Loncraine enmudeció. Entornó los ojos.

Dalton Kibrick giró sobre sus talones para seguir la mirada de su interlocutor.

Descubrió al vehículo. Un todoterreno. Un Braid-ZZ. Un auto de seis ruedas de metal flexible y malla de acero inoxidable como llanta de rodadura. La propulsión articulada permitía al vehículo escalar pronunciadas verticales y el salvar grietas de considerable anchura.

El Braid-ZZ estaba dotado de cuatro plazas. Al descubierto, aunque con capacidad de extender una cabina presurizada que protegería a los ocupantes herméticamente del exterior.

El vehículo llegó ante la empalizada.

Dos ocupantes en las plazas delanteras del Braid-ZZ.

Un hombre y una mujer.

Un individuo de unos treinta y cinco años de edad. Acomodado frente a la barra de conducción del vehículo.

Y a su lado…

Una mueca de marcado estupor se había dibujado en el rostro de Dalton Kibrick. Y se acentuó aún más al ver descender a la mujer del Braid-ZZ. Agrandó los ojos. Con un súbito destello de admiración.

Todo un espectáculo.

La mujer no superaba los veinticinco años de edad. Llevaba el pelo suelto. Una larga y sedosa mata de hilos de oro que caía majestuosamente sobre los hombros femeninos. Enmarcando un rostro de perfecto óvalo. Unas facciones de extraordinaria belleza. Ojos azules que rivalizaban con el celeste del cielo. Labios de deliciosa curva, muy carnosos, húmedos…

La muchacha lucía un peto en tejido sildorex y pantalón corto de piel. Los muslos al descubierto. Unoslargos y esbeltos muslos que acusaban un bronceadonatural.

Kurt Loncraine acudió a abrir la puerta del hangar donde se emplazaba otro vehículo. Seguidamente procedió a hacer las presentaciones.

—Melinda Scott…, el doctor Gerrit Markham…

Kibrick no parecía escucharle.

Sólo tenía ojos para la… profesora Scott.

Melinda Scott.

Dalton Kibrick aún no se había recuperado de la sorpresa. Imaginó a la profesora Scott como una vieja de biblioteca antigua. Una mujer madura que disfrutaba rebuscando entre los fósiles del pasado. Así parecía delatarse por sus libros.

Muy distinta a la que ahora se ofrecía exultante de juventud y belleza ante el perplejo Dalton Kibrick.

CAPITULOVI

Almorzaron fuera de los bloques. Bajo un cielo azulado donde el sol dejaba caer acariciadores rayos. Al fondo, dominando el paisaje, las altas montañas. Los silenciosos volcanes.

—¡Me quedaría aquí el resto de mis días! —exclamóKurt Loncraine, vaciando un trípode de cerveza—. Esto es un paraíso.

—Ya te imagino sacando a pasear al dinosaurio.

El comentario de Gerrit Markham originó divertidas risas.

—¿Habéis encontrado algo? —inquirió Kibrick—. ¿Alguna huella o indicio de la existencia del animal?

—Sólo llevamos aquí tres días —respondió Melinda Scott—. Y nada hasta el momento.

Dalton Kibrick fijó la mirada en la muchacha.

—Me sorprende tu presencia aquí, Melinda. En tus escritos muestras una total frialdad y escepticismo ante los hechos fantásticos o de difícil demostración. Jamás aventuras nada. Únicamente hechos. Pruebas. ¿Qué te ha impulsado a desplazarte hasta aquí? De seguro no te has dejado impresionar por las declaraciones de los indígenas que aseguran haber visto al dinosaurio. Hay algo más, ¿no es cierto?

—Una periodista encontró huellas del dinosaurio.

Fueron divulgadas en el *Gran Noticiero.* Uno de los videodiarios de más difusión en Sudamérica. Y también por televisión. Huellas de un gigantesco animal que, examinadas y estudiadas minuciosamente, corresponden a las de un dinosaurio. Concretamente a las de un brontosaurio. Esa periodista, una tal Laura Oliver, llegó incluso a fotografiar al animal.

Kibrick esbozó una sonrisa.

—Casualmente he conocido a Laura Oliver. Y me comentó que tú la habías tildado de farsante.

—Cierto. Me entrevistó poco después de publicar su reportaje. Yo sabía que las fotografías de las huellas no estaban trucadas, pero reaccioné fríamente. Era necesario evitar el desplazamiento de curiosos y la peregrinación de equipos de publicidad y demás. Declaré

públicamente que todo era una patraña. Ello ha evitado que la zona de Roca Negra se convierta en una feria. Lo siento por esa periodista. Si capturamos al dinosaurio, para ella será la exclusiva.

—Puede que sea Laura Oliver quien lo encuentre —sonrió Gerrit Markham—. Se ha instalado en Roca Negra. En una cabaña del poblado.

Melinda se encogió de hombros.

—No me importaría. El dinosaurio sería entregado a nosotros. ¿Cuál es tu opinión sobre la extinción de los dinosaurios, Dalton? Tu parecer como experto en la materia.

Kibrick no respondió al momento.

Quedó unos instantes en silencio.

Como si madurara la contestación.

—Son muchas las teorías. Nuevas y heredadas de los paleontólogos del siglo XX. Yo comparto la hipótesis de uno de esos investigadores del pasado siglo. ¿Cómo fue posible la desaparición de animales tan poderosos y fuertes? Eran los dueños del planeta. Invencibles. ¿Qué acabó con ellos?

—¿La teoría del asteroide?

—Correcto, Melinda. La caída sobre la tierra de una enorme roca celeste o varias de ellas, provocó en la atmósfera un fenómeno de concentración de polvo y detritus tal como para originar alrededor de la Tierra una nube densa, compacta e impenetrable para los rayos de sol. Un asteroide de un diámetro no inferior a los diez kilómetros y su impacto sobre la tierra fue tremendo. Librando una energía superior a la de cien millones de bombas de hidrógeno que explosionaron a un mismo tiempo.

»Un auténtico apocalipsis que sumergió a la Tierra en las tinieblas. En la oscuridad. Sin la presencia del Sol, nuestro planeta pronto se convirtió en un mundo muerto. Árido. Desapareciendo toda vida vegetal y animal. Tal vez únicamente sobrevivieron los más débiles. Precisamente por necesitar pocos recursos para subsistir. Pasarían muchos años hasta que la nube de polvo, y detritus se hiciera respirable; pero para entonces los dinosaurios, los reyes de la creación, ya habían perecido.

Melinda Scott movió levemente la cabeza.

—Sí. Esa es también mi hipótesis.

—¿Y si existiera el dinosaurio fotografiado por Laura Oliver? —inquirió Kurt Loncraine—. ¿Cómo diablos se ha mantenido con vida durante más de cien millones de años?

—Puede que mediante una radiación desconocida para nosotros. Algo que conservara al dinosaurio en un letargo. Y ahora despierta a la vida. —Melinda sonrió dirigiendo una mirada hacia la mesa—. Ahí tenemos alimentos que pueden conservarse durante años yaños. Por el simple método de exponerlos a la acción de isótopos radiactivos.

Loncraine se incorporó.

—Yo sigo con mis dudas. No creo en la fantasmal aparición de ese dinosaurio. Apuesto que lo que vieron los indígenas es un artefacto de los rusos. Y ahora disculparme... Voy a descansar un poco.

—¿Descansar? —rió Gerrit Markham—. ¿De qué? No has hecho absolutamente nada en todo el día. ¡Eh, espera! Tenemos que solucionar el alojamiento de Dalton.

—Está solucionado —intervino Melinda—. Cada bloque dispone de dos habitaciones. Tú y Gerrit ya ocupáis un bloque. La otra habitación vacía en mi bloque es la que ocupará Dalton.

—Si intenta propasarse me avisas, ¿de acuerdo, Melinda?

Rieron alegremente el comentario de Loncraine.

También Kibrick, aunque algo perplejo. Esperaba una mayor frialdad en el trato. La profesora Scott, el doctor Markham, el profesor Loncraine... eran como camaradas. Como amigos que disfrutaban de una excursión en el campo.

—El bloque de la izquierda, Dalton.

—Gracias, Gerrit; pero voy a ir primeramente a Las Rocas. Quiero comprar algunas cosas.

—Si esperas un par de horas yo mismo te llevaré, aunque si lo prefieres puedes disponer del auto. Ahí en el hangar tenemos un ligero Mirach que utilizamos para desplazarnos a la ciudad. El camino es sencillo. Al final de la colina está el sendero de la base rusa y...

—Lo sé —interrumpió Kibrick, sonriente—. Me percaté de ello mientras maldecía al taxista por obligarle a llegar hasta aquí. No me perderé.

Gerrit Markham chasqueó la lengua.

—Los taxistas de Las Rocas son unos llorones. Siempre protestando.

—Tenía motivos para estar irritado —dijo Dalton Kibrick—. No fue un trayecto agradable. Los dos quedamos muy impresionados por lo ocurrido en la ciudad.

—¿A qué te refieres?

—Volaron un edificio. Un atentado de los MLM. El edificio de la Compañía Armadora Zafra quedó convertido en cenizas.

Melinda, Loncraine y Markham intercambiaron rápidas miradas.

Kurt Loncraine resopló con fuerza.

—Un duro golpe para el presidente Zafra.

—También lo ha sido para los del Movimiento de Liberación Mundial.

—¿Qué quieres decir, Dalton? —inquirió Melinda.

—El taxista y yo presenciamos una dramática escena. Un furgón blindado de la patrulla nacional disparó sobre un auto. Hubo un superviviente. Un miembro del Movimiento de Liberación Mundial. Pude ver su famoso distintivo. La paloma blanca sobre el círculo negro. El hombre del MLM levantó los brazos en señal de rendición. El teniente que dirigía la patrulla le disparó a sangre fría. Le voló la cabeza de un fogonazo. El taxista logró burlar el cerco de la patrulla nacional. Hubo detenciones masivas y… ¿Ocurre algo, Melinda? ¿Te encuentras bien?

La palidez de la azucena se había apoderado de las facciones de la muchacha. Quiso responder a Kibrick. Movió los labios, aunque ningún sonido brotó de su garganta.

—Melinda es muy impresionable —dijo Gerrit Markham, con voz ronca—. No le ocurre nada.

La joven forzó una sonrisa.

—Ha sido un fugaz mareo... Estoy bien. Incluso voya ir contigo a la ciudad, Dalton. Te acompañaré.

—¿Estás segura de querer ir?

Melinda amplió la sonrisa.

—Por supuesto. También yo tengo que realizar algunas compras. Voy a sacar el Mirach del hangar.

—Bien... Dame unos minutos —dijo Kibrick, algo perplejo por la súbita decisión de la muchacha—. El tiempo de dejar el maletín y refrescarme un poco lacara.

Dalton Kibrick dirigió sus pasos al bungaló de la izquierda. La puerta de entrada cedió al empuje. No estaba conectado el cierre de seguridad ni programado el número en el pomo.

Kibrick se detuvo frente al reducido salón-comedor. Muebles abatibles o formando una unidad con los tabiques. Todo ello modular. Aprovechando al máximo el disponible.

Dudó unos instantes en abrir la puerta del habitáculo de la derecha o el de la izquierda. Se decidió por éste último.

No acertó.

Aquél era el dormitorio de Melinda. Pudo ver la ropa femenina colgando de un armario mural. También el budoir plagado de cosméticos y frascos de perfumes.

Dalton Kibrick interrumpió el iniciado ademán de retirarse y cerrar nuevamente la puerta.

Quedó inmóvil.

Con la mirada en un objeto que colgaba de un adorno del cabezal del lecho.

Kibrick se aproximó.

Sin apartar los ojos de aquel objeto. Como hipnotizado. Era una especie de medallón. La cadena gruesa. Plateada. Y en cuanto a la medalla...

Era circular. Un disco. Un disco negro con una paloma blanca grabada en su interior.

CAPITULOVII

Los Palacios era el más importante de los grandes almacenes existentes en Las Rocas. Construido con capital extranjero. Concretamente de los Nuevos Estados Unidos. Los Palacios era una filial de la todopoderosa compañía Brice & Hyams con sede central en la ciudad norteamericana de Dallas. Sus sucursales se extendían por todas las naciones del mundo. Su mayor índice de ventas era por medio de los computers. El cliente compraba desde su propio hogar. Mediante su microordenador doméstico. En la pantalla de su multivisor se le mostraba el artículo que previamente había programado.

No ocurría así en Los Palacios.

Las compras desde el domicilio eran mínimas. Los habitantes de Las Rocas preferían el viejo sistema de adquirir personalmente sus compras. Y tampoco todos podían costearse un microordenador doméstico o un multivisor.

Los Palacios aparecía casi desierto.

Muy poco público.

El atentado al edificio de la Compañía Armadora Zafra había asustado a la población. Se temían represalias gubernamentales. De hecho ya se habían realizado cientos de detenciones. Los contrarios al régimencelebraban en la clandestinidad el duro golpe asestado al gobierno de la nación. Arturo Zafra, el hermano del presidente y director de la compañía, había perecido. Al igual que el ilustre visitante John Stears. Y un elevado número de operarios dedicados a la fabricación de armamento con el que posteriormente esclavizar al pueblo.

Dalton Kibrick se encontraba en el espacioso snack de la planta baja de Los Palacios. Era el único cliente en el local. Se había separado de Melinda dos horas antes. La muchacha dijo acudir al departamento de lencería. Quedaron en reunirse a los treinta minutos en el snack de la planta baja.

Treinta minutos.

Y ya habían transcurrido dos horas.

Dalton Kibrick consultó por enésima vez el digital de pulsera.

Estuvo tentado de marchar, pero decidió por esperar unos minutos más. El tiempo de consumir un cuarto combinado. No estaba conectado el servicio automático de mesa. No se conectaba con poco público.

Kibrick pulsó el llamador.

Casi al instante acudió uno de los empleados del local. Y a los pocos minutos le era cumplimentado el pedido.

Se disponía a encender un cigarrillo cuando vio aparecer a Melinda. La joven avanzaba con presuroso paso. Dirigiendo rápidas miradas a izquierda y derecha. Sonrió al descubrir a Kibrick en la discreta mesa.

Acudió reflejando en su rostro un gracioso mohín.

—Te ruego me disculpes, Dalton… Se me ha pasado el tiempo sin apenas darme cuenta. Tengo gran amistad con una de las empleadas de Los Palacios. Una chica de Dallas. Al igual que yo. Nos hemos entretenido y…

—Comprendo. ¿Quieres beber algo?

—Sí. Tomaré un refresco —sonrió la muchacha, acomodándose junto a Kibrick—. Me he quedado seca de tanto hablar.

Melinda solicitó un zumo de piña. Comenzó a beber simulando ignorar la penetrante mirada de Kibrick; aunque terminó por mostrarse algo nerviosa.

—¿No has realizado compra alguna, Melinda?

—¿Cómo? Ah, no… Ya se me hizo tarde. No quería hacerte esperar más.

—¿Sabes una cosa, Melinda? Cuando mientes eres aún más bonita. Tus ojos adquieren entonces un brillo especial. Me gusta. Sigue mintiéndome.

La joven parpadeó.

—No… no te comprendo…

—Yo fui rápido en mis compras —sonrió Kibrick—. Facturé mis paquetes al subsuelo-1. Allí fue donde dejamos el Mirach. Me respondieron que el auto ya no estaba en el parking.

—Fui con mi amiga a...

—No sigas. Tenías que informarte de lo ocurrido a tus compañeros del Movimiento de Liberación Mundial.

Melinda quedó con la boca entreabierta.

Sin reaccionar.

Y Dalton Kibrick aprovechó muy bien el estupor de la muchacha. Tomó entre sus manos el rostro femenino. Y besó los entreabiertos y trémulos labios de Melinda.

—¿Te... te has vuelto loco, Dalton?

—¿Por besarte? Loco sería el desaprovechar la ocasión. Voy a intentarlo de nuevo... Melinda alargó las manos. Conteniendo la proximidad de Kibrick. —Eres muy audaz, Dalton. Y con mucha imaginación. Debe ser el clima sudamericano. Te hace delirar. Eso puede llegar a ser peligroso. Ciertas cosas no se admiten ni tan siquiera como broma. El pronunciar al MLM es una de ellas.

—Yo no estoy bromeando.

—Entonces sí estás loco.

Kibrick volvió a sonreír.

Irónico.

—No hasta el extremo de adornar mi habitación con el temible distintivo del MLM.

La palidez retornó a las facciones de Melinda. Y de nuevo forzó una sonrisa. Fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Me encontré esa medalla hace algún tiempo. En Dallas. Me consta que es peligroso el guardar semejante objeto, pero no me importó.

—En el mercado negro de San Francisco se pagan muy bien. Los de la policía de seguridad ciudadana las buscan afanosamente. Hay unos signos en el disco. Bordeando la paloma blanca. ¿Los has descifrado?

Melinda respiró con fuerza.

Reflejando en su rostro una mueca de fastidio.

—¿Nos vamos? Empieza a aburrirme tu conversación.

La muchacha se incorporó.

Sin esperar respuesta de Kibrick.

Melinda se alejó a grandes zancadas, aunque pronto fue alcanzada por Dalton Kibrick. Descendieron al subsuelo-1. La muchacha introdujo la ficha de parking en la máquina de control. A los pocos minutos el Mirach llegaba hasta ellos mediante plataformas móviles.

Kibrick ya se había hecho cargo de sus paquetes de compra.

Se acomodaron en el interior del auto.

Melinda frente a la barra de conducción. Ya no lucía el peto y pantalón corto, sino un conjunto en poliuretano especial Cycra. Una fibra artificial, suave y ligera que modelaba seductoramente el cuerpo femenino.

—¿Estás enfadada conmigo? —sonrió Kibrick, posando su zurda sobre el muslo derecho de la joven—. Tranquila. No te voy a delatar de la patrulla nacional. Ni tampoco a la policía de seguridad ciudadana de los Nuevos Estados Unidos, aunque creo que últimamente han incrementado la recompensa por la entrega de un miembro del MLM.

Melinda no respondió.

Se limitó a apretar con fuerza los labios.

Ya había iniciado la marcha del Mirach. El reducido tráfico en la ciudad le permitió programar en el auto una considerable velocidad.

La zurda de Kibrick seguía sobre el muslo de la muchacha. Apretujándolo una y otra vez. En caricias cada vez más audaces.

—Dalton…

—¿Sí, Melinda?

—Eres un bastardo.

Kibrick rió en divertida carcajada.

Retiró la mano procediendo a encender un cigarrillo.

—Creí que no te molestaba. Eres una caja de sorpresas, Melinda. La profesora Scott. Haces bien en no insertar imágenes en los videolibros escritos por ti. Nadie leería una sola línea. Resultarías tú lo más atractivo del videolibro. Por tus sesudos escritos muy pocos te relacionarían con una mujer joven… y miembro del revolucionario Movimiento de Liberación Mundial.

—Sufres un error, Dalton.

—No sigas fingiendo conmigo. Ya te he dicho que

no pienso denunciarte. Tu repentino interés en acompañarme a Las Rocas fue motivado para interesarte por la suerte de tus compañeros, ¿no es cierto? De seguro fue más de un comando los que atacaron contra el edificio de la Compañía Armadora Zafra. ¿Muchas bajas, Melinda? ¿Sólo la dotación de aquel vehículo incendiado?

Melinda volvió a guardar silencio.

Pronto dejaron atrás la ciudad de Las Rocas. Y en la autopista el Mirach incrementó aún más su velocidad. En vertiginoso recorrido. Un largo trayecto hasta desviarse por una comarcal. De nulo tráfico. Una carretera que conducía a Roca Negra. Un pueblo que, por su carencia de recursos y proximidad a los volcanes, se limitaba a vegetar junto con sus habitantes.

Melinda detuvo el auto al iniciar una pronunciada curva. Al borde de un profundo barranco.

—¿Ocurre algo, Melinda?

—Ya hemos llegado.

Kibrick dirigió una mirada a izquierda y derecha. Contemplando el desolado paisaje de árido terreno casi carente de vegetación. Faltaban algunas millas para llegar al campamento. Había que descender la colina y luego, campo a través, alcanzar el lugar donde se habían instalado los bloques.

—Aún no…

Kibrick se interrumpió.

Contemplando a Melinda. Su diestra empuñaba una Mike. Una diminuta y terrorífica pistola de doble cañón.

—Sí, Dalton. Tú, sí has llegado —dijo Melinda, con fría sonrisa—. Este es el fin de tu camino.

* * *

Ni un solo músculo se alteró en el rostro de Kibrick.

Enfrentó sus ojos a los de la muchacha.

—No eres capaz de disparar, Melinda.

—Por la causa de la MLM soy capaz de todo, Dalton. En nosotros está el futuro. Y no voy a permitir que...

—¿El futuro? —interrumpió Kibrick, risueño—. Ya no existe futuro. Estamos en la cuenta atrás.

—Te equivocas. Aún es tiempo de rectificar. En los Nuevos Estados Unidos, en la Gran URSS, en África, en la colonizada y repartida Europa, en Asia..., en todas partes están los del Movimiento de Liberación Mundial. Pronto llegará el gran día. Pronto los que tiranizan el planeta y juegan a la muerte y a la destrucción serán aniquilados.

—He oído eso otras veces.

Los azules ojos de Melinda relampaguearon con fuerza.

—Sí..., seguro que sí... Hombres y mujeres que querían liberarse del yugo... Ahora es diferente. Ahora estamos unidos. Y vamos a triunfar. Esas guerras lucrativas, el canto desenfrenado a la violencia, las invasiones... Todo ello desaparecerá pronto. El pueblo del mundo, el pueblo que desea la paz y la libertad, será quien domine y designe su propio destino.

—Muy bonito. Lástima que sólo sean palabras.

—¿Eso crees? Lo ocurrido hoy en Las Rocas hansido más que palabras. Igual sucede en otros países. Estamos actuando sin tregua. La Stears Service a Armament estaba cediendo la patente de una alucinante guerra bacteriológica. Para que el presidente Zafra aniquilara más fácilmente a sus súbditos rebeldes. Nosotros, los del MLM, lo hemos impedido. Como bien has dicho, fue más de un

comando el que actuó contra eledificio. Tres de los nuestros han muerto, pero los otros se han salvado esquivando a la patrulla nacional. Y seguirían luchando en las sombras. Hasta que llegue el día de la luz.

—Es inútil vuestra lucha.

—Eso opinan los hombres como tú, Dalton. Los cobardes. Los acomodados. Les desagrada lo que ocurre, pero no hacen nada por evitarlo. Es más sencillo cerrar los ojos o lamentarse, ¿me equivoco?

Kibrick sonrió.

—No. No te equivocas. Estás en lo cierto. Odio al Triunvirato militar. Me horrorizan las guerras programadas, el fomento de la violencia, el gobierno del terror...

—No sigas. Quieres salvar tu vida. Hacerme creer ahora que simpatizas con el Movimiento de Liberación Mundial. Lo lamento, Dalton. No puedo permitirme el ser débil. Tú me has descubierto y...

El movimiento de Kibrick fue rápido.

Primero atrapó con la zurda la mano derecha de Melinda. Desviando el doble cañón de la Nike. Y casi al unísono, con el filo de la diestra, golpeó en el brazo de la muchacha.

Melinda abrió los dedos soltando la pistola a la vez que profería un leve grito. Reaccionó. Con intención de abalanzarse sobre Kibrick, pero se contuvo.

Era Dalton Kibrick quien le encañonaba ahora con la Nike.

Muy sonriente.

También ahora enfrentaron sus miradas.

—Debes practicar más, Melinda. Lo haces muy mal. ¿Quieres intentarlo otra vez?

La muchacha contempló estupefacto cómo Kibrickle entregaba la pistola. La depositó sobre las piernas de Melinda. Entre los muslos femeninos.

—¿Qué... qué significa...?

—No soy tu enemigo, Melinda. Ni del MLM.

—Pero…

—No intento ganarme tu confianza para sonsacar datos sobre tus actividades revolucionarias. Olvidemos el incidente. Como si nada hubiera ocurrido.

Melinda asintió.

Aún perpleja por aquella reacción en Kibrick.

Guardó la pistola en un oculto compartimento del auto. Reanudó la marcha del vehículo. Sin evitar el dirigir esporádicas miradas a Kibrick.

—Voy a confesarte algo, Dalton. Mi presencia aquí no está motivada por el dinosaurio. No doy crédito a la historia. Tampoco a las huellas y fotografías de la periodista del *Gran Noticiero.* Sin duda tomadas a un dinosaurio-robot diseñado para algún videofilm. Te lo comento para que no pierdas el tiempo buscando a ese fantástico animal. Puedes regresar a San Francisco.

Kibrick chasqueó la lengua.

—No. No puedo, Melinda. Tampoco yo estoy aquí por el dinosaurio.

La mirada de Melinda se hizo más inquisitiva.

Penetrante.

—¿La… la base rusa?

—Correcto. Al igual que tú, ¿no? —sonrió Kibrick—. Te felicito. A ti y al Movimiento de Liberación Mundial. Vuestro servicio de información es fabuloso. Lo del SOLX-3M era un gran secreto.

—¿Entonces, tú…?

—Sí, Melinda. Estoy aquí obligado por el general McLaglen. Forzado a cumplir una misión que me repugna. Debo conseguir la fórmula del SOLX-3M… oeliminar al profesor Serov. Apuesto que vuestro cometido es destruir la base subterránea rusa.

La joven asintió.

Con un imperceptible movimiento de cabeza.

—No podemos permitir que ese terrorífico proyecto sea un hecho. Ya hay demasiada destrucción sobre el planeta. Si a las armas nucleares autocontroladas se le añade el SOLX-3M… No, Dalton. No podemos permitirlo.

—¿Por qué han elegido este lugar los rusos? ¿No le sería más seguro al profesor Serov el trabajar en la Gran URSS?

—Precisamente el interior de los poderosos territorios de la Gran URSS son los menos indicados. Allí opera en su máxima intensidad el servicio de inteligencia de los Nuevos Estados Unidos. También poderoso. Con sus sobornos. Su astucia… Nadie sospecharía de una base de asesoramiento en un país neutral. El MLM fue informado por un dirigente ruso. Un hombre que también está deseando terminar con la destrucción paulatina del planeta.

—Os deseo suerte, Melinda. De todo corazón.

—¿Qué piensas hacer tú, Dalton?

Kibrick se encogió de hombros.

—No lo sé. Por supuesto que no seguiré las órdenes del general. Permaneceré aquí en espera de acontecimientos. Sin obedecer. Si la base rusa es destruida por los del MLM…; yo quedaría libre de la misión. Y al margen de las anunciadas represalias del general McLaglen:

Melinda sonrió.

—Procuraremos complacerte, Dalton.

El Mirach ya circulaba campo a través. La desolada colina había quedado atrás. Eran visibles ya los dosbloques del campamento cercados por la empalizada.

Salió Kurt Loncraine de uno de los bloques.

Comenzó a agitar los brazos a la vez que corría hacia la empalizada. Al encuentro del Mirach.

—¿Qué ocurre, Kurt? —se alarmó Melinda, deteniendo el auto—. ¿Dónde está Gerrit?

—El… el ¡El dinosaurio! —exclamó Loncraine, nerviosamente—. ¡Hemos visto al dinosaurio! ¡Gerrit salió tras él!

CAPITULOVIII

El Nido era un gigantesco barracón construido con prefabricados de láminas de aluminio con un relleno de espuma plástica. El techo formado por arcos de acero ligero. Paneles de vidrio electrificado para mantener una agradable temperatura en el interior. Los arcos del techo protegían igualmente la zona destinada a parking.

El propietario de El Nido recorría todo el país. En busca del lugar adecuado para instalar su negocio portátil. Actualmente lo había encontrado en la zona de Roca Negra. Entre la base rusa y el pueblo.

El Nido era un centro de diversión. Todo tipo de bebidas, música, espectáculo, sexo... El propietario era un individuo que conocía los vicios humanos. Y sabía cómo fomentarlos.

Estaba haciendo un negocio. La dotación de la base era elevada. Y muchos los que se desplazaban todas las noches a El Nido. Menos distante que la ciudad de Las Rocas y más tranquilo.

El profesor Anton Serov era uno de los clientes fijos. Junto con su secretaria. La ardiente y apasionada Tatiana Korin. Una mujer que parecía haber arrebatado el fuego a los apagados volcanes de Roca Negra.

También estaba Dimitri Rebikoff.

Siempre a la sombra del profesor Serov.

Dimitri Rebikoff era uno de los jefes de seguridad de la base subterránea rusa. Y guardia personal de Anton Serov. Rebikoff era un gigante. Lo más parecido a uno de los extinguidos osos. Un individuo corpulento. De cabeza cuadrada. Su poderosa musculatura no le restaba inteligencia. Era también astuto y peligroso.

—¡Por todos los infiernos! —rió Dimitri Rebikoff, agitando en su diestra una botella de vodka—. ¡Ahí llegan amigos americanos! ¿Sigue sin aparecer el dinosaurio perdido?

El vozarrón de Rebikoff fue coreado por ruidosas carcajadas de los presentes.

El descomunal pabellón se dividía en diferentes secciones. Salón de bebidas, restaurante, espectáculos y discretos reservados para intimar con las exuberantes muchachas de El Nido. En otro salón se

emplazaban las máquinas de azar, competición y eróticas. Muchos preferían la compañía de una hembra-robot a la más seductora de las chicas del local. Las hembras-robot, hábilmente programadas, se comportaban mejor que la más experta de las furcias.

Gerrit Markham y Kurt Loncraine acudieron hacia el mostrador.

Al encuentro de Dimitri Rebikoff.

Fue Melinda quien tomó del brazo a Dalton Kibrick para conducirle hasta una de las mesas. Tomaron asiento. Kibrick introdujo su ficha-credit en la ranura tecleando a continuación en el panel de la mesa. La hoja se abrió por su mitad. Una bandeja subió sirviendo el pedido. Una botella de whisky y un vaso. Melinda solicitó un zumo de piña.

—El profesor Serov es el hombre del primer palco —dijo Melinda —. El que está con la mujer.

—¡Diablo!

La muchacha sonrió divertida por la exclamación de Kibrick.

—En efecto. Un auténtico diablo, Dalton. Debora a los hombres. Ten cuidado con ella.

—¿Quién es?

—Tatiana Korin. Secretaria y ayudante del profesor Serov. La que ordena todo su trabajo.

Kibrick entornó los ojos.

—Tiene gracia.... Ahí están. El profesor Serov, investigando en el terrorífico SOLX-3M, un borracho. Dando cabezadas embrutecido por el alcohol. Y a su lado, la eficaz secretaria del científico. Una ninfómana. Con razón no creo en el futuro.

—Con el Movimiento de Liberación Mundial sí existe futuro —murmuró Melinda—, Lo vamos a construir entre todos. Todos unidos por un mundo mejor.

Kurt Loncraine llegó a la mesa.

Con el rostro encendido.

—Condenado ruso... ¡Estoy tentado de romperle la botella en la cabeza! Mirarle... ¡Retorciéndose de risa! Gerrit le está describiendo el

dinosaurio que hemos visto esta tarde.

—Tranquilo, Kurt.

Loncraine se acomodó entre Kibrick y la joven. Les dirigió una alternativa mirada.

—Vosotros... Tú sí me crees, ¿verdad, Melinda? Es cierto. Primero fue un rugir. Un ronco y atronador rugir infrahumano. Y apareció ante nosotros. Un dinosaurio. Un brontosaurio con su largo y grueso cuello. Avanzó hacia nosotros amenazador. Sin dejar de lanzar sus horripilantes rugidos. Gerrit y yo quedamos petrificados. Paralizados por la sorpresa y el terror. Ni tan siquiera reaccionamos para ir en busca de nuestras armas... Y cuando el dinosaurio corría hacia nosotros, a menos de veinte yardas, pareció tropezar con unabarrera invisible. Con algo que le impidió el continuar avanzando. Su pesada mole cayó aparatosamente. Luego se incorporó y corrió hacia las montañas. Gerrit subió al Braid-ZZ y fue tras él. Con el rifle insensibilizador.

—El resto de la historia ya lo conocemos —dijo Kibrick, bebiendo un largo trago de whisky—. Fuimos los tres en el Mirach. A las montañas. Encontramos a Gerrit, pero ni rastro del dinosaurio. Ni tan siquiera sus huellas.

Loncraine asintió.

Rascándose ruidosamente la cabeza.

—Eso es lo más sorprendente. El que desapareciera sin dejar huella alguna de su paso.

—Hay una especie de lago pantanoso al otro lado de los volcanes —informó Melinda—. Es un buen refugio para el dinosaurio. No olvidemos que el brontosaurio es semiacuático. Sus descomunales fosas nasales le permiten respirar mientras que la mayor parte de su cuerpo la mantiene sumergida.

—Cierto... Nos hemos olvidado de ese pantano.

—En el Braid-ZZ disponemos de un equipo de sonda submarina. Podemos ir ahora a echar un vistazo.

—¡Sí, condenación! ¡Se lo diremos a Gerrit!

Kurt Loncraine se incorporó.

Kibrick sonrió siguiéndole con la mirada.

—Resulta difícil creer esa historia, Melinda.

—Conozco bien a Kurt y Gerrit. No se dejan impresionar por falsos espejismos. De seguro vieron al dinosaurio.

—Un animal con un peso aproximado a las treinta toneladas y que no deja huellas en un terreno volcánico.

—¿Eso te sorprende? ¡No es aún más irreal la aparición misma del dinosaurio?

Dalton Kibrick amplió la sonrisa.

—Sí, tienes razón. Todo esto es fantástico. Hasta el punto de que tres miembros del Movimiento de Liberación Mundial olviden su militancia y se dediquen a la caza del dinosaurio.

—Te equivocas, Dalton. No nos olvidamos de nuestro cometido. Y añadiré algo... Ya casi está ultimada nuestra misión aquí. No dábamos crédito a la historia del dinosaurio. Fue una buena disculpa para instalarnos en la zona; pero somos científicos. Y por supuesto nos fascina esa supuesta existencia del animal prehistórico. Sería una grata sorpresa el enviarlo a la Fundación Internacional Esperanza.

—Brindo por el triunfo de vuestra misión. La mía está condenada al fracaso.

—Apuesto que alguien vigila tus pasos, Dalton. Debes mostrar algún interés por los rusos. Por el profesor Serov. Al menos para simular que tratas de cumplir la orden recibida.

—No es mal consejo. Esperarme. Será cuestión de minutos. Una simple presentación.

Dalton Kibrick se encaminó hacia uno de los corredores. Unos peldaños conducían al túnel-galería donde se situaban los palcos. De allí se pasaba también al salón restaurante.

—¡Dalton!

Kibrick se detuvo.

Descubrió a Laura Oliver en una de las mesas del restaurante. Casi a la entrada del salón. Frente a unos folios. En su diestra una esferográfica.

Dalton Kibrick se aproximó.

—Hola, Laura.

—Ya te advertí que nos veríamos por El Nido —sonrió la periodista —. ¿Estás solo?

—Con el equipo de la profesora Scott.

Laura no ocultó un mohín.

—Bien... ¿Qué te parece si cenamos juntos mañana? Podemos cambiar impresiones. Estoy ultimando otro reportaje para el *Gran Noticiero* y quisiera documentarme en unos datos. Tú eres un experto en animales prehistóricos. ¿Aceptas?

—Será un placer, Laura. Aquí nos encontraremos.

Kibrick retornó sobre sus pasos.

Pasó de nuevo al túnel-galería.

Fue bordeando el semicircular pasillo hasta dar con el palco del profesor Serov. Se detuvo frente a la entrada. Simulando buscar un cigarrillo por los bolsillos.

Sonó la gangosa voz de una mujer.

—¡Eh! ¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido? No te había visto antes.

Tatiana Korin frisaba alrededor de los treinta años de edad. En la plenitud de su belleza. Con un cuerpo que también parecía haber alcanzado su máximo esplendor. Unos senos prominentes y erguidos. Amplias y rotundas caderas. Lucía un vestido con zipper delantero. Y lo había deslizado hasta casi el ombligo. Los opulentos senos femeninos asomaban con generosidad.

—Mi nombre es Dalton Kibrick. Estoy con el equipo de la profesora Scott.

—¿La profesora...? ¡Ah, sí! ¡La del dinosaurio! —rió escandalosamente la mujer reclinándose en el diván—. Yo soy muy amiga de Gerrit... Y espero serlo también tuya... amiga íntima...

Kibrick sonrió.

La tal Tatiana no se andaba con rodeos.

—También yo lo espero, Tatiana.

—No te quedes ahí, Dalton... Entra. Este es el profesor Serov... ¡Eh, Anton...! ¡Se ha dormido!

Kibrick dirigió una mirada al individuo que apoyaba la cabeza sobre la mesa. Roncando ruidosamente.

Anton Serov, más que dormido, estaba borracho. Sus manos todavía sostenían una semivacía botella de vodka.

—Ven a mi lado, Dalton. Yo soy muy sociable. Me gusta ser...

—¿Qué hace aquí? —gritó súbitamente una potente voz—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Dimitri Rebikoff había hecho su aparición.

En actitud amenazadora.

—¡Oh. no! ¡Siempre igual, Dimitri! —suspiró Tatiana, con fastidio —. Este nombre es...

—¡Fuera! —interrumpió el individuo, alargando su diestra hacia Kibrick—. ¡Nadie debe molestar al profesor!

Dalton Kibrick esquivó la zarpa del individuo.

Y acto seguido le golpeó en el estómago. Con violencia. Dimitri Rebikoff se dobló levemente. Recibiendo de inmediato un demoledor golpe en la carótida.

El corpulento ruso sí dobló ahora las piernas.

Con los ojos estrábicos.

Gerrit Markham llegó corriendo por el túnel. Al llegar al palco parpadeó para seguidamente reír en sonora carcajada.

—Venía en tu ayuda, Dalton... Dimitri te vio entrar en el palco y corrió hacia aquí como una exhalación. Sin darme tiempo a comentarle que eras un amigo. Dimitri es muy impulsivo. Vamos... Antes de que se reponga.

Kibrick asintió.

Dirigió una mirada a la mujer.

—Ya nos veremos, Tatiana.

—No lo dudes —murmuró la mujer, con marcada sensualidad—. No lo dudes...

Kibrick y Markham descendieron a la sala.

Encaminaron sus pasos hacia la salida.

Allí eran esperados por Loncraine y Melinda.

—Lo hemos visto desde aquí —sonrió la muchacha—. Tienes una extraña forma de hacer amistades, Dalton.

Kibrick correspondió a la sonrisa.

—Temo haber desilusionado a mi espía. Ahora me resultará muy difícil el aproximarme al profesor Serov.

—Te queda Tatiana. Ella sí te dejará acercar todo lo que quieras —rió Kurt Loncraine—. Cuanto más, mejor.

Los cuatro rieron divertidos.

En el cubierto parking del pabellón estaba el Braid-ZZ. Con la cabina de seguridad acoplada.

Fue Gerrit Markham quien manipuló en la combinación del cierre para deslizar la cabina. Se situó frente a la barra-dirección. Kurt Loncraine se acomodó a su lado. Kibrick y Melinda ocuparon los asientos posteriores.

El Braid-ZZ inició la marcha.

La potente barra-faro y los luminosos fijos taladraron la oscuridad de la noche.

—Tu hipótesis del pantano es buena, Melinda —comentó Markham—. De seguro está allí. En ese lago arenáceo.

—La sonda nos sacará de dudas.

El vehículo enfiló hacia las montañas.

Gerrit Markham conectó el avisador automático de terreno.

Cualquier desnivel o zanja era detectada previamente y salvada mediante el accionado sistema de conducción por control.

El Braid-ZZ iba a gran velocidad.

Por terreno montañoso. Trepando por montículos y descendiendo pendientes. Hasta llegar al borde de los volcanes. A poca distancia, casi semioculto, se encontraba el lago pantanoso.

Había luna en el negro manto del cielo. Como un gran disco de plata que proyectaba nívea luz en la noche.

Llegaron ante el fangoso estanque. Un lago extenso. De pestilentes aguas turbias.

Gerrit Markham detuvo el vehículo a unas veinte yardas de la orilla. Fijó la barra-faro enfocada hacia el lago.

Kurt Loncraine procedió a graduar la sonda ya conectada al receptor que cataría las imágenes.

—Voy a dar la máxima sensibilidad al objetivo —dijo Loncraine—. El agua dista mucho de ser cristalina. Programaré a la sonda para un recorrido de…

Un estruendoso batir de las aguas hizo enmudecer a Loncraine. Fue como si el lago comenzara en súbita y violenta ebullición. Junto con el batir de las aguas se escuchó un escalofriante rugir.

Primero surgió la cabeza.

Una cabeza plana, alargada, con desproporcionadas fosas nasales. Y el cuello. Un cuello grueso y longitudinal.

Terminó por asomar a la superficie todo su cuerpo. Aquella pesada y voluminosa mole de color terroso. Agitando su larga y poderosa cola de izquierda a derecha. En bruscos semicírculos que removían violentamente la profundidad del pantano. Adelantó sus patas hacia la orilla.

La tierra pareció sufrir una sacudida.

Acusando la movilidad del alucinante animal. Sus treinta toneladas de peso. Su longitud cercana a los veinticuatro metros. Su rechoncho y voluminoso cuerpo agitándose a cada paso.

Allí estaba el dinosaurio.

—Es..., es el de la fotografía —balbuceó Melinda,casi sin voz—. El fotografiado por la periodista...

Dalton Kibrick fue el primero en reaccionar. Del compartimento de armas extrajo un lanzacohetes SIMS-W de potente capacidad de destrucción.

—¡No! ¡Déjame a mí, Dalton! —exclamó Markham, apoderándose del rifle insensibilizador—. ¡Tenemos que capturarlo con vida!

El dinosaurio continuaba chapoteando en el agua. Sin cesar de rugir. Removiéndose con violencia.

—¡Cuidado! ¡Va..., va a salir! —gritó Kurt Loncraine—. ¡Atrás! ¡Tenemos que retroceder! ¡Nos aplastará!

Gerrit Markham apuntó precipitadamente con el rifle insensibilizador.

No llegó a accionar el disparador.

Un fogonazo de nívea luz, como el de una lámpara de cadmio de millones de watios, pareció bajar del cielo. Semejante a un rayo apocalíptico. Un cegador resplandor que iluminó por completo el lago. Envolviéndolo con su luz.

Fue un destello muy fugaz.

Como el de un relámpago.

Kibrick, Melinda, Loncraine... todos cerraron los ojos cegados por el rayo. Y al abrirlos, contemplaron estupefactos las ya tranquilas aguas del estanque. El dinosaurio había desaparecido. Se había volatizado.

—¡Allí! ¡Mirar allí!

La exclamación de Gerrit Markham no era necesaria.

El objeto era visible. En lo alto. Destacando con fuerza en el enlutado cielo. Un objeto luminoso. Oscilando muy levemente. Casi inmóvil. Despidiendo una rutilante luminosidad. Semejaba algo inmaterial. Rodeado de un halo iridiscente.

Y de aquel extraño objeto volador había surgido el rayo de luz que había hecho desaparecer al dinosaurio.

* * *

Dalton Kibrick estaba reclinado en el lecho. Con un cigarrillo en los labios. La mirada perdida en un indefinido punto de la habitación.

Se abrió la puerta de la estancia.

Kibrick empequeñeció los ojos.

Como si quedara deslumbrado por la belleza de Melinda. La joven permaneció unos instantes bajo el umbral. Con un vaporoso maillot en trasparente tul moteado. Anudado tras la nuca con fino pasacintas.

—No consigo dormir...

Kibrick apartó el cigarrillo.

Sonrió.

—No me sorprende, Melinda. Tampoco yo.

—Estoy..., estoy asustada, Dalton —murmuró la muchacha, avanzando—. Me ha impresionado lo ocurrido. El dinosaurio desapareció ante nuestros ojos. Como si hubiera sido desintegrado. Y ese objeto volador...

—Una nave extraterrestre, Melinda. Estoy seguro de ello.

—En nuestro siglo no se habían dado casos de un OVNI. Esas son historias del pasado siglo. Entonces sí proliferaban.

—En aquel entonces la Tierra todavía era algo habitable. De ahí que se decidieran por investigar en nosotros. Después..., después ocurrió lo de las guerras espaciales. Por conquistar un trozo en la Luna o las incipientes bases en Marte. Las dos grandes superpotencias sin ponerse de acuerdo en la conquista del Espacio. Combatiendo por algo que ni siquiera tenían dominado. Se percataron de lo ridículo de la situación y se decidieron por destruir paulatinamente el planetaTierra. ¿Qué opinión pueden tener de nosotros los seres inteligentes de otros planetas? No me sorprende que decidieran dejar de visitarnos. Somos gente poco recomendable.

Melinda se había sentado al borde del ovalado lecho.

Tendió su diestra hacia la mesa de noche para coger un cigarrillo.

Sin evitar un leve temblor en los dedos.

Dalton Kibrick tomó entre sus manos la diestra femenina.

Se miraron a los ojos.

Kibrick tiró suavemente de la mano aprisionada. Aproximando a Melinda. Hasta poder besarla en los trémulos labios. Acarició los rubios cabellos de la joven. Rodeando protectoramente con sus brazos el cuerpo femenino. Percibiendo su tenue palpitar.

—Oh, Dalton… tengo…, tengo tanto miedo… Ya no hablo de la misteriosa desaparición del dinosaurio o de ese extraño objeto volador que se eclipsó ante nuestros ojos… Temo por nuestro planeta… por nosotros… por el futuro…

Kibrick abarcó ahora entre sus manos el rostro de la muchacha.

Volvió a besarla.

—Tú no debes tener miedo, Melinda. Tú no. Tú estás luchando por un posible futuro. Y te envidio. Me gustaría hacer lo mismo, pero yo ya no tengo esperanza alguna.

—Dalton…

Unieron de nuevo sus labios.

Apasionadamente.

Con desesperación.

Como si fueran a vivir la última noche de su existencia.

CAPITULOIX

Amaneció un día gris.

Plomizo.

La niebla envolvía la cumbre de las altas montañas. Transformándolas en fantasmales gigantes inmóviles. Un extraño silencio dominaba en el valle. Incluso los pájaros permanecían ocultos y silenciosos. Ajenos al nuevo día. Como si temieran algo.

Dalton Kibrick estaba apoyado en la empalizada extensible que cercaba a los dos bloques.

Entornó los ojos al descubrir el lejano punto que se aproximaba veloz. Logró distinguirlo. Era un auto. Un Altus biplaza. Un vehículo ligero y fuerte para circular por terrenos difíciles.

Laura Oliver pilotaba el auto.

Kibrick se encaminó hacia la puerta de la empaliza da. Salió del cercado recinto cuando ya el Altus se detenía con suavidad.

—Buenos días, Laura. Eres muy madrugadora.

La muchacha sonrió.

—Hola, Dalton. Vengo a buscarte.

—Creí que nuestra cita era para cenar.

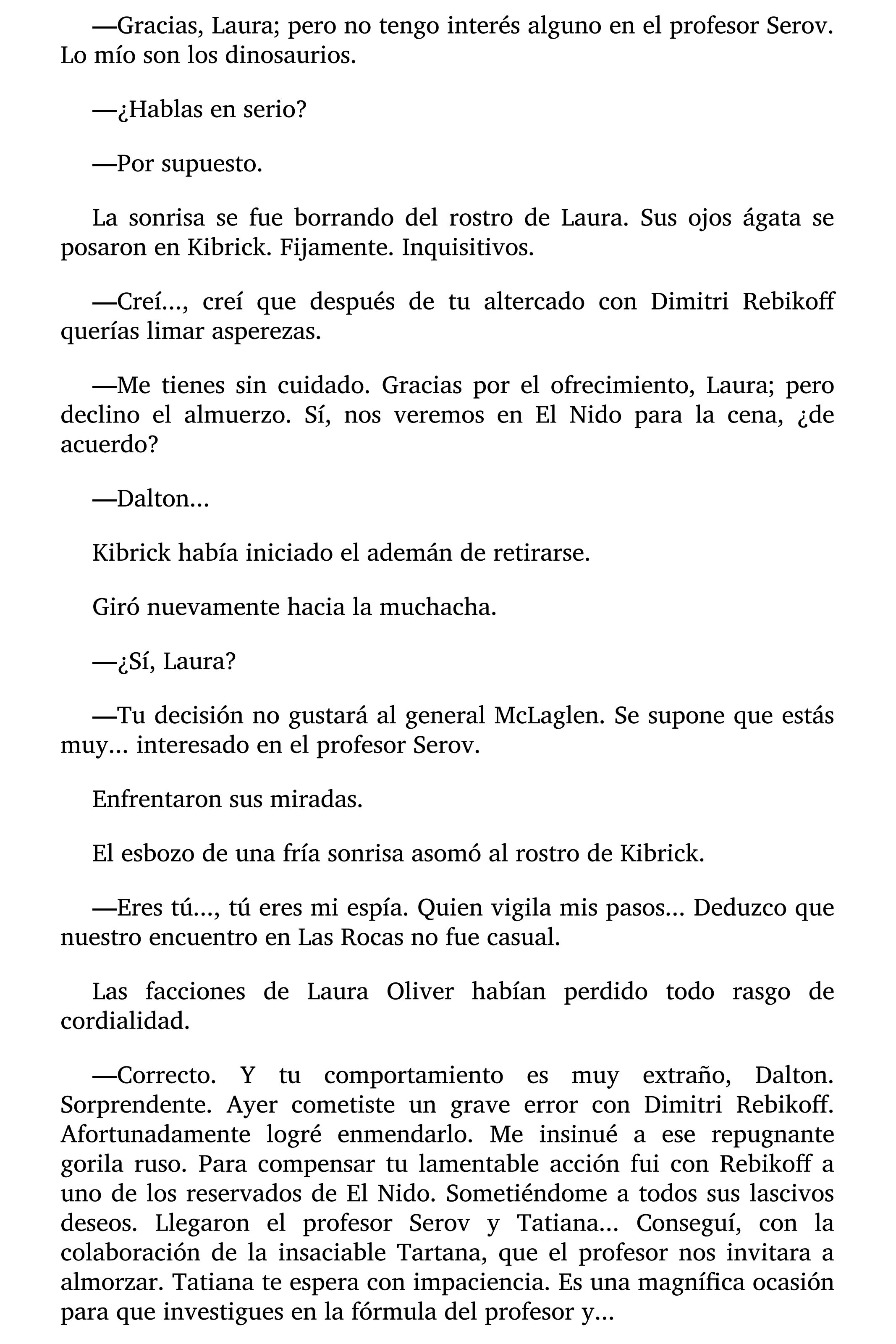
Laura se reclinó en el asiento del vehículo. Acentuando la presión de sus opulentos senos sobre la ceñida tela del vestido.

—He conseguido una entrevista con el profesor Serov. En la base subterránea rusa. Almorzar en sus aposentos privados. En su laboratorio-vivienda. Sin la molesta guardia de seguridad alrededor.

—Te felicito. Será una buena exclusiva.

Los carnosos labios de la muchacha volvieron a sonreír.

—Bueno..., a decir verdad fue el mismísimo profesor Serov quien insistió. Le respondí que estaba comprometida contigo para el almuerzo. Y entonces hizo extensiva la invitación. Tú y yo, Dalton. El profesor nos espera para almorzar. ¿Qué respondes?



—Gracias, Laura; pero no tengo interés alguno en el profesor Serov. Lo mío son los dinosaurios.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

La sonrisa se fue borrando del rostro de Laura. Sus ojos ágata se posaron en Kibrick. Fijamente. Inquisitivos.

—Creí..., creí que después de tu altercado con Dimitri Rebikoff querías limar asperezas.

—Me tienes sin cuidado. Gracias por el ofrecimiento, Laura; pero declino el almuerzo. Sí, nos veremos en El Nido para la cena, ¿de acuerdo?

—Dalton...

Kibrick había iniciado el ademán de retirarse.

Giró nuevamente hacia la muchacha.

—¿Sí, Laura?

—Tu decisión no gustará al general McLaglen. Se supone que estás muy... interesado en el profesor Serov.

Enfrentaron sus miradas.

El esbozo de una fría sonrisa asomó al rostro de Kibrick.

—Eres tú..., tú eres mi espía. Quien vigila mis pasos... Deduzco que nuestro encuentro en Las Rocas no fue casual.

Las facciones de Laura Oliver habían perdido todo rasgo de cordialidad.

—Correcto. Y tu comportamiento es muy extraño, Dalton. Sorprendente. Ayer cometiste un grave error con Dimitri Rebikoff. Afortunadamente logré enmendarlo. Me insinué a ese repugnante gorila ruso. Para compensar tu lamentable acción fui con Rebikoff a uno de los reservados de El Nido. Sometiéndome a todos sus lascivos deseos. Llegaron el profesor Serov y Tatiana... Conseguí, con la colaboración de la insaciable Tartana, que el profesor nos invitara a almorzar. Tatiana te espera con impaciencia. Es una magnífica ocasión para que investigues en la fórmula del profesor y...

—No cuentes conmigo, Laura.

La joven parpadeó.

—¿Te has vuelto loco? ¡Informaré al general McLaglen!

—¡Al diablo con el general! ¡Al infierno el Triunvirato! —exclamó Kibrick—. No voy a cumplir la misión encomendada, jamás pensé en hacerlo.

—Piénsalo dos veces, Dalton.

—Nada tengo que pensar. Adelante, Laura. Puedes informar a los servicios de inteligencia.

—Firmas tu sentencia de muerte.

—Simplemente la adelanto. Todos estamos condenados, Laura.

—No hay duda… Ese dinosaurio te ha vuelto loco. Lo has visto, ¿no es cierto? Yo llegué a fotografiarlo. ¿Y qué? Es un bicho. ¿Qué importancia tiene? Recapacita, Dalton. Dentro de una hora nos espera el profesor Serov. En la base subterránea. Yo voy a ir. No me gustaría entrar sola. Lo sentiría mucho… por ti.

Laura accionó la palanca de funcionamiento del Altus.

Maniobró con brusquedad para seguidamente alejarse a gran velocidad.

Dalton Kibrick quedó unos instantes inmóvil. Hasta ver desaparecer el vehículo. Entonces giró hacia la empalizada. Con lento caminar avanzó hacia uno de los bloques.

Encontró a Melinda en el reducido salón.

Bebiendo un trípode de humeante café.

—Os he visto desde el ventanal. Parece que la periodista se iba muy enfadada.

—Es mi espía, la designada para vigilar mis pasos.

—¿Laura Oliver?

—Sí. Consiguió una cita con el profesor Serov. En la mismísima base rusa. Quería que fuera con ella. Tatiana me recibiría con los

brazos abiertos. Una especie de almuerzo-orgía.

—¿Ella... Laura piensa ir hoy a la base rusa?

Dalton Kibrick se percató en el tembloroso tono de voz empleado por la muchacha.

—¿Ocurre algo?

—Me temo que algo sí va a ocurrir, Dalton. Hemos recibido un mensaje. Parece que hoy será el gran día para el Movimiento de Liberación Mundial. Se prepara un golpe espectacular. Algo que será el principio de una nueva etapa. Ignoro de qué se trata, pero Kurt y Gerrit han recibido órdenes. Ya no están aquí. Han salido de madrugada. Para la cuenta atrás de nuestros dispositivos de acción contra la base rusa. Yo también debo irme. Regreso a los Nuevos Estados Unidos. Ordenes de nuestro Comandante Uno.

—¿Abandonas al dinosaurio?

Melinda sonrió.

—No te burles, Dalton. Esto..., esto es muy serio. En el día de hoy se juega nuestro destino. El ser o no ser. Me preguntaste si había descifrado los signos que rodean el símbolo del Movimiento de Liberación Mundial. En clave secreta. Encierran unos viejos mandamientos. Del pasado siglo. Queremos reivindicarlos, Dalton. Son la denominada Declaración de los Derechos Humanos. Puede que los conozcas por alguno de los libros prohibidos.

—Sí. Los conozco.

—El Movimiento de Liberación Mundial lucha por reimplantarlos. En todas las naciones del mundo.

—Os deseo suerte.

Melinda movió los labios. Como si fuera a pedir algo. Optó por inclinar la cabeza. Abandonó el salón retornando a los pocos minutos con una valija en su mano derecha.

—Es preferible que me acompañes, Dalton. La base subterránea rusa va a ser destruida. No es conveniente que te encuentren por aquí los de la patrulla nacional. Te harían muchas preguntas de difícil respuesta. Yo voy a Las Rocas. Y desde allí partiré hacia los Nuevos Estados Unidos.

—De acuerdo.

Abandonaron el bloque.

Penetraron en el hangar. Allí se emplazaba el Mirach. El Braid-ZZ sin duda había sido utilizado por Markham y Loncraine.

Kibrick descubrió dos equipos de cinturón-cohete.

—Oye, Melinda... ¿tenemos tiempo para echar una última mirada al pantano?

—¿Al pantano?

—Sé que el Mirach no puede llegar hasta allí, pero sí utilizando un cinturón-cohete.

El rostro de la muchacha se iluminó.

—Tenemos tiempo. También a mí me gustaría poder volver a contemplar el dinosaurio.

* * *

Manipularon en el control del cinturón-cohete para iniciar el descenso. Los motores de hidrazina-BX obedecieron. Aminorando su sistema de doble tobera en equipo mochila construido en fibra de vidrio.

Tomaron tierra casi a orillas del pantano. Después de haber sobrevolado repetidamente la zona.

Silenciaron los motores del cinturón-cohete.

—Ni rastro...

—Cierto, Melinda. Y tampoco del OVNI.

—¿Sigues con tu hipótesis de una nave extraterrestre?

—¿Tienes tú otra mejor?

Melinda denegó con un movimiento de cabeza. Sus azules ojos se

posaron sobre la arenosa superficie del lago. .

—¿Qué hacemos, Dalton?

—Voy a lanzar una granada electrónica al lago —respondió Kibrick —. La tomé del hangar. Si el dinosaurio está sumergido, le hará salir sin causarle el menor daño. Prepara tu cámara. Tienes que filmar todo lo...

Kibrick quedó sin habla.

Contemplando estupefacto la figura que iba apareciendo ante ellos. A unas cinco yardas. Primero fue un crepitar. Como preludio a la aparición de aquellas diminutas lenguas de fuego. Semejantes a invisibles filamentos que relampagueaban en multicolor sucesión.

Se fue materializando.

Hasta aparecer la figura de un hombre.

Un individuo de correctas facciones. Con un traje espacial de refulgente tono celeste. Un hombre que les dedicó una dura mirada. Dejó oír su voz. Una voz metálica. Como la de un programado autómata.

—Dejar en paz al dinosaurio. Ya no os pertenece. Sigue en el lago, pero pronto será trasladado y conducido a mi planeta. Espero la llegada de la nave nodriza para hacerlo.

—¿Quién..., quién eres? —logró articular Kibrick.

—Mi nombre no os importa. Tampoco mi procedencia. Sí os informaré que habito en un planeta de vuestra galaxia. Un planeta gemelo a la Tierra. Esta no es mi apariencia física real. La he tomado para no... horrorizaros. Somos seres palmípedos, minicéfalos y uniculares. Lo que vosotros llamarías un... monstruo; aunque lo cierto es que los realmente monstruosos sois vosotros. Los terrícolas. Aniquilando vuestro propio planeta.

Melinda también reaccionó a su estupor, aunque su voz sonó apenas audible.

—El..., el dinosaurio...

—Hace millones de años, cuando en mi planeta se iniciaba la conquista del espacio, provocamos involuntariamente una explosión

cósmica sobre la Tierra —dijo el alienígena—. Sumergimos al planeta en una total oscuridad. Acudió una expedición para reparar en lo posible el mal causado, pero no se consiguió gran cosa. Se llegó demasiado tarde. Hibernamos algunos animales con la esperanza de que, cuando retornaran a la vida, encontraran ya un planeta habitable. Con el dinosaurio nuestros rayos de hibernación sufrieron una alternación. Acentuaron en demasía su hibernación. Sin poder concretar su vuelta a la vida. Quedó sepultado entre montañas. Se le acopló una especie de transmisor en el interior del dinosaurio. Nos anunciaría con antelación el despertar a la vida, el fin de su larga hibernación. Y aquí estamos. Para llevarlo a nuestro planeta. No podemos permitir que permanezca aquí. Sería destruido. Todo vuestro planeta Tierra es un gran cementerio de hombres y animales. Evitamos al máximo vuestro contacto, terrícolas. Ni tan siquiera navegamos por vuestro Sistema Solar. Sois..., sois monstruos.

—Te equivocas. No todos somos...

—Lo sé —interrumpió el alienígena a Melina—. Lo sé todo sobre vosotros. Vuestro pasado, vuestro presente... y vuestro futuro. Tu índice de maldad no es elevado, Melinda. Tampoco el de tu compañero Dalton. No he permitido que el dinosaurio acabara con vosotros. Cuando se disponía a atacar vuestro campamento, levanté ante él un muro invisible. Lo que vosotros entenderíais por una barrera de ionización magnético-molecular. Hice desaparecer sus huellas. Y ayer..., ayer le apliqué un rayo traslator. Desplazándole del lago. Hoy el dinosaurio abandona la Tierra. Un reductor lo introducirá en mi cosmonave. Y luego, en la nodriza, partiré hacia mi mundo. ¿Queréis acompañarme?

Kibrick y Melinda intercambiaron una mirada.

—¿Acompañarte?

—Sí, Melinda. A mi planeta. Un mundo sin odios, violencia, muerte... Es una oportunidad única la que os brindo. Algo que jamás encantararéis aquí. Vuestro destino es la autodestrucción.

Melinda retrocedió.

Instintivamente.

—No..., yo..., yo me quedo... Este es mi planeta. Este es mi mundo. Y lucharé por hacerlo mejor.

—¿Qué respondes tú, Dalton?

Kibrick tendió su mano hacia la de Melinda.

Aferrándola con fuerza.

—Me quedo.

Una extraña sonrisa, una indescifrable mueca, se reflejó en el rostro del extraterrestre.

—Entonces…, adiós. Suerte, terrícolas. La vais a necesitar.

El alienígena desapareció. Como por encantamiento. Volatizándose ante los estupefactos ojos de Kibrick y Melinda.

EPILOGO

Se encontraban en una de las calles de espera del aeropuerto de Las Rocas.

Fue allí donde recibieron las primeras noticias. Ya no relacionadas con la sorprendente destrucción de la base subterránea rusa de Roca Negra. Aquello había sido silenciado por las autoridades locales, aunque era del dominio público. El masivo despliegue de fuerzas de la patrulla nacional hacia las zonas volcánicas, el envío de equipos de emergencia...

Sí.

Ya se conocía el ataque y destrucción a !a base rusa.

Era otra noticia la que sorprendía al mundo. A todas las naciones del planeta. Se estaba recibiendo por televisión. Todos los canales, privados y estatales, habían sido silenciados.

Muchos no daban crédito a ella. Era demasiado fantástica. El Triunvirato de los Nuevos Estados Unidos había sido aniquilado. Un atentado en el cuartel general del Triunvirato había segado la vida de los tres tiranos. Y al mismo tiempo, en el Comité Central de la Gran URSS, su máximo dirigente corría igual suerte. Junto con su alto mando reunido para ultimar la próxima invasión a un país rebelde. Los dos espectacu-

lares atentados cometidos por grupos del Movimiento de Liberación Mundial.

—Santo Dios... era eso..., era eso lo que iba a ocurrir hoy —susurró Melinda—. Han triunfado..., hemos triunfado...

—Es pronto para cantar victoria, Melinda.

La muchacha borró con el dorso de la mano una furtiva lágrima.

—Lo sé... Ahora es cuando empieza la lucha. El verdadero combate. Hay que ir exterminando los cancerosos tentáculos del gran pulpo. Uno a uno. Y sustituirlos por hombres honestos, capacitados y deseosos de construir un mundo mejor.

Kibrick respiró con fuerza.

—De acuerdo, Melinda. Estoy con vosotros. Soy uno más.

—¡Oh, Dalton! Nuestro Comandante Uno no se equivocó. De ahí que te designara para la entrevista con el general McLaglen.

Kibrick arqueó las cejas.

—¿Cómo dices? ¿Acaso no fui seleccionado por las computadoras?

—¿Eres un hombre frío, sin escrúpulos, fanático del Triunvirato, dispuesto a todo…? Ese era el hombre que buscaba el general McLaglen. Afortunadamente tenemos hombres del MLM en puntos claves. Uno de ellos en el Centro Especial Computers. Se falsearon los datos para que saliera tu nombre. Convencidos de que no cumplirías la orden del general. De que terminarías por unirte a nosotros.

—¿Sabes una cosa, Melinda? —sonrió Kibrick—. Empiezo a tener alguna esperanza en el futuro. Al menos los del MLM demuestran una gran intuición.

—¡Oh, Dalton!

Unieron sus labios.

Ajenos a todo cuanto acontecía a su alrededor. Todo eran gritos, carreras, confusión… La noticia había alterado a la ciudad. De seguro se suspenderían o sufrirían demora los vuelos con los Nuevos Estados Unidos; aunque aquello no parecía importar a Kibrick y Melinda.

Continuaban entrelazados.

En un rincón de la sala de espera.

Y por primera vez en su vida, Dalton Kibrick hacía planes para el futuro. Junto con Melinda. Ambos se esforzaban en borrar de sus mentes determinadas palabras del alienígena. Las que les condenaban. Las que afirmaban estar predestinados a la autodestrucción. A que jamás existiría la paz sobre la Tierra…

Sí.

Mejor olvidarlas.

Era preferible aferrarse a aquella mínima esperanza de futuro.

FIN